

I.3 Historia de la lexicografía griega moderna

1. LOS PRECURSORES

Después de las invasiones de los bárbaros, como es sabido, se abandonó en gran medida el estudio del griego en Europa Occidental. El *graecum est, non legitur* puede ser la frase que resuma la situación de ignorancia de las letras griegas que existió entre nosotros durante siglos.

La situación empezó a cambiar poco a poco en Italia durante la Baja Edad Media. El renovado interés por el mundo clásico romano hizo que los estudiosos italianos sintiesen cada vez más la atracción por la cultura griega y estuviesen cada vez más ansiosos por aprender la lengua de Homero y de Platón. Es conocida la escena de Petrarca llorando de impotencia ante un códice griego que no conseguía entender...

En 1360 un tal Leoncio Pilato, griego de Tesalónica (¿o de Calabria?), llegaba a Venecia. Por iniciativa de Bocaccio, a quien le dio clases particulares de griego, acabaría convirtiéndose en el primer profesor público de griego en Europa Occidental. Esta primera experiencia fue efímera: Leoncio Pilato se volvió a su país y cuando intentaba regresar a Italia murió trágicamente¹. En las décadas siguientes todo aquel que quería aprender griego tenía que ir forzosamente a Grecia, lo cual, evidentemente, resultaba muy caro y muy engorroso.

Ya hacia finales del siglo empezó el «brain drain» de sabios bizantinos hacia Italia (Manuel Crisoloras) que a partir de la conquista de Grecia por los turcos adquiriría carácter de desbandada (Teodoro de Gaza, Andrónico de Calisto, Miguel Apostolio, Constantino Láscaris, Demetrio Mosco, Demetrio Calcóndilo, Marco Musuro, Juan Láscaris, etc.).

Estos eruditos comienzan enseguida la producción de gramáticas, ediciones, etc. En 1476 se edita en Milán el primer libro impreso en griego: la Gramática de Constantino Láscaris. Dos años después se publica el primer

¹ Cf. Legrand, E., *Bibliographie Hellénique des XV^e et XVI^e siècles*. Paris 1962, p. XVIII.

diccionario (*Dictionarium Graecum*, Mediolani 1478)¹ y es tal la demanda de diccionarios griegos que en un siglo escaso se editan no menos de medio centenar.

Todos estos diccionarios, anteriores al *Thesaurus* de Stephanus, tienen hoy un mero interés arqueológico. Se trata de obras generalmente muy heterogéneas que incluyen los opúsculos de lexicógrafos o gramáticos antiguos que iban apareciendo, como las obras de Filopono, Ammonio, Cirilo, etc. Además de estas obras antiguas solían incluir apéndices gramaticales como la *cornu copia* que Aldo Manucio incluyó en su diccionario y que los demás copiaron. En este sentido fueron muy utilizados los *Commentarii linguae graecae* de Guillaume Budé, por poner un ejemplo célebre.

Leopold Cohn en su *Griechische Lexikographie*² inventaría 32 de estos diccionarios publicados entre 1478 y 1568. A éstos habría que sumarles 14 más (desde la primera edición del Crastoni, quizá de 1476, hasta el del célebre Calepino *Dictionarium hexaglottum cum C. Gesneri onomastico*, Basilea 1568) que recoge A. Autenrieth en edición anterior del mismo *Handbuch d. K. Altertumsw.*³ Este autor además incluye, a mi juicio con buen criterio, cinco diccionarios más que, si bien son casi todos ellos cronológicamente posteriores al *Thesaurus* de Stephanus, son de hecho prestephanianos en su concepción y envergadura. Remito a las obras de Cohn y Autenrieth para la relación de estos diccionarios.

En todo caso, insisto, el interés de estos léxicos anteriores a 1572 es hoy muy escaso: se trata de obras que *κυρίως δὲν ἦσαν ἄλλο τι ἢ ἄνευ κρίσεως κατηγορησμένα γλωσσάρια, ἐν οἷς εἰς τὸ λῆμμα προσετίθεντο μία ἢ δύο λατινικαὶ σημασίαι* como dice la bella traducción de Soteriadis de la obra de Autenrieth⁴.

2. EL THESAURUS Y SUS SUCESIVAS EDICIONES

El verdadero comienzo de la lexicografía griega moderna lo marca el *Θησαυρὸς τῆς Ἑλληνικῆς Γλώσσης. Thesaurus Graecae Linguae ab Henrico Stephano constructus. In quo, praeter alia plurima, quae primus praestitit* (*paternae in Thesauro latino diligentiae aemulus*) *vocabula in certas classes distribuit, multiplici derivatorum serie ad primigenia, tanquam ad radices unde pullulant,*

¹ Este diccionario parece ser de Giovanni Crastoni o Crestoni. Tuvo éste varias ediciones en el siglo xv, y es probable que la 1.^a sea de 1476, con lo cual había que rebajar en dos años la fecha de aparición del primer diccionario griego de época moderna.

² Leopold Cohn. «Griechische Lexikographie» en *Handbuch der Klassischen Altertumswissenschaft* II, 1 hrsg. von Iwan Müller, 4.^a ed. a cargo de A. Thumb, Munich 1913, pp. 681-730; cf. especialmente pp. 706-720.

³ Reproducido también en el prólogo del *Μέγα λεξικὸν τῆς Ἑλληνικῆς Γλώσσης*, traducción del Liddell-Scott al griego moderno, Atenas 1901-1904. Además de estos 14 que da Autenrieth conocemos otros dos no recogidos en ninguna historia de la lexicografía griega (los de Phavorinus, Roma 1523, 2.^a ed. Basilea 1538 y J. Tusanus, Paris 1552) recogidos en W. Zaunmüller, *Bibliographisches Handbuch der Sprachwörterbücher*, Stuttgart 1958, p. 170.

⁴ Cf. supra, n. 3.

revocata... París 1572. Esta obra monumental en 5 tomos tamaño folio, que pretendía emular al *Thesaurus* latino del padre de Henri Estienne, Robert, habría de ser mucho más importante para la lexicografía griega que el de Robert para la latina. En realidad hasta el Passow y el Liddell-Scott no fue superado, y aún hoy, después de sus ediciones decimonónicas en Londres y París, sigue siendo una obra de consulta obligada¹.

El *Thesaurus*, al contrario de los diccionarios anteriormente mencionados, se basa en una labor de investigación de fuentes de primera mano, a base del despojo de muchos autores que el mismo Stephanus había editado. Además no se limita a dar el «equivalente» latino de la palabra griega en cuestión sino que organiza ya el artículo conforme a las acepciones de las palabras, ofrece ejemplos y cita a los autores y obras en que aparecen las palabras. La organización del artículo se basa en un criterio etimológico o histórico según el cual se da en primer lugar la «Urbedeutung» o significado originario y, a partir de éste, se desarrollan las otras acepciones. Con frecuencia cuando se trata de palabras difíciles, Stephanus nos ofrece los datos de los lexicógrafos antiguos, como Pollux, Harpocración, Hesiquio, la Suda, los *Etymologica*, etc., que él conocía bien, así como los escolios. Por todas estas razones el *Thesaurus* supone un inmenso paso adelante y resulta increíble que una sola persona² haya sido capaz de realizar en tan pocos años una obra semejante. Nuestra admiración es mayor cuando consideramos que prácticamente carecía de precursores y de trabajos previos en que basarse. Aparte los *Commentarii* de Budé, que cita con frecuencia, casi todo lo demás es obra suya, incluidas muchas de las ediciones de autores que da en su lista inicial.

Como deficiencias más claras del *Thesaurus* hay que notar que su manera de citar es muy incompleta: no dice más que *Homerus* o *Hesiodus in Theogonia*, por ejemplo. En este punto los lexicógrafos antiguos, que a veces citan por obra y libro o capítulo, o canto, son más completos³. Otro inconveniente de esta obra es el orden de las palabras: no sigue el orden alfabético, sino el etimológico, de acuerdo con las raíces de las palabras, y así hay que mirar, por ej., *πολλαγόρασος* s.v. *ἀγορά* o *περιαγκωνίζω* s.v. *ἀγκών*. Esta ordenación resulta muy incómoda y haría muy difícil de manejar el diccionario si no fuera por un índice alfabético que da al final. También en esto, y aún con todas sus imperfecciones, el orden *κατὰ στοιχείον* de los antiguos era mejor.

¹ Cf. infra p. 112, n. 1.

² La información de Autenrieth, ob. cit., de que le había ayudado Budé es falsa: Budé se había muerto treinta años antes, en 1540. Sin embargo, en realidad no podemos decir que hubiese trabajado absolutamente solo: en primer lugar había heredado de su padre Robert una gran cantidad de material preparado para compilar un *Thesaurus* griego. En segundo lugar nos consta que le ayudaron su alumno F. Sylburgius, persona muy competente, y el mismo J. Scapula. Todo esto, sin embargo, no disminuye el mérito de H. Stephanus a quien se le debe el *Thesaurus* casi en exclusiva. Véase la divertida historia de la lexicografía griega publicada por el obispo Blomfield en *Quarterly Review* 20, 1819, p. 302 ss., especialmente la p. 318.

³ Cf. supra en Serrano Aybar «Historia de la lexicografía griega antigua y medieval».

Por lo demás, la influencia de Stephanus fue tan grande en la lexicografía griega posterior que aun en este siglo el Diccionario de Crönert (cf. *infra*) sigue un orden no alfabético y no cita con precisión.

Ahora bien estos fallos son *peccata minuta* comparados con la magnitud de la obra que ha seguido vigente casi hasta nuestros días y aún hoy impresionada. Por lo demás el *Thesaurus* ha sido la fuente en donde han bebido, directa o indirectamente, todos los diccionarios griegos hasta el de Passow. Tenía razón el autor cuando en la primera página de la obra decía: *nunc alii intrepide vestigia nostra sequantur / me duce plana via est quae salebrosa fuit.*

En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva un ejemplar de la primera edición del *Thesaurus*... expurgado por la Santa Inquisición. En la primera página en donde dice *Thesaurus Graecae Linguae ab Henrico Stephano constructus* el funcionario del Santo oficio añadió *auctore damnato. Opus cum expurgatione permissum.* Y a continuación, ya dentro del diccionario se encuentran aquí y allá las expurgaciones del celoso inquisidor. Sin embargo, no es ésta, para desgracia de Stephanus, la única expurgación que se hizo a su obra. Mientras el libro se estaba imprimiendo, su corrector, Iohannes Scapula, se quedó con unas pruebas y en el año 1579 publicó con su nombre un epitome de la obra de Stephanus en un solo tomo y en cuarto, con el índice alfabético incorporado. Esta obrita fraudulenta, por su tamaño y su precio se había de hacer muy popular, robándole a su verdadero autor la fama y frutos de su ingente tarea. Y así, mientras Stephanus se arruinaba, Scapula veía editar su diccionario escolar una y otra vez con el descarado título de *Lexicon graecolatinum novum... Iohannis Scapulae opera et studio.*

Al año siguiente, 1580, publicó Stephanus una segunda edición, apenas modificada de su *Thesaurus*. En la primera página ofrece al lector un dístico en el que alude a Scapula con un juego de palabras:

quidam ἐπιτέμων me, capulo tenuis abdidit ensem:

aeger eram a scapulis, sanus at huc redeo

y a continuación nos presenta una *Henrici Stephani admonitio de Thesauri sui epitome, quae titulum lexicæ graecolatini novi praefert.*

Peró esta *admonitio* no consiguió desprestigiar al diccionario de Scapula (que siguió imprimiéndose nada menos que hasta 1820, en Oxford) ni enriquecer a Stephanus, tan injustamente tratado por sus contemporáneos: de él, a quien debe tanto la filología griega, decía Julio César Escalígero que no era más que un «corruptor de textos antiguos»¹. El léxico de Scapula se reeditó muchas veces: entre 1579 y 1820 nos encontramos con algo más de una docena de reediciones, alguna de las cuales incluye diversos apéndices y suplementos.

Por su parte el *Thesaurus* siguió siendo la base y la fuente de los diccionarios griegos hasta el siglo XIX, o quizá mejor hasta el XX, si consideramos el malogrado proyecto de Crönert que es deudor del *Thesaurus* en gran medida.

¹ J. E. Sandys, *A History of Classical Scholarship II*, Cambridge 1908, p. 176 y nota 4.

Además de ser la fuente de los diccionarios griegos entre el siglo xvi y el xix, el *Thesaurus* acaparó de nuevo la atención de los helenistas en el siglo xix. En efecto, mientras que en Alemania por los años 20 del siglo pasado existían ya diccionarios griego-alemán de gran difusión, en otros países se seguían utilizando los diccionarios griego-latín, y en general no se había superado el nivel marcado por Stephanus. Debido a ello tanto en Inglaterra como en Francia se procedió a poner al día el viejo *Thesaurus* no con fines eruditos o para bibliófilos, sino porque se carecía de un instrumento mejor de trabajo. En este sentido el librero inglés A. J. Valpy (1787-1854) encargó a los helenistas Barker (1788-1839) y Dibdin que hiciesen una nueva edición del *Thesaurus*. La idea era respetar todo el material de Stephanus, corrigiendo sus errores y añadiéndole los descubrimientos posteriores, tales como el material de léxicos de autor que entonces empezaban a publicarse, las parcelas de léxico que Schneider había aportado, el léxico de los diferentes *Anecdota* que iban apareciendo, etc. Una serie de helenistas enviaron sus ejemplares del *Thesaurus* o el *Scapula* con sus anotaciones marginales, así como monografías (como la *Disputatio de Particula ðv* que Gottfried Hermann, *qui inter eruditos facile est princeps*, les enviara). Una cosa que salta a la vista en esta edición por el tipo de letra empleado, es el material hebreo y copto que se incorporó. El resultado de este esfuerzo —*onus Aetna gravius* según sus autores— fue una *editio nova auctior et emendatior* del *Thesaurus* en 8 volúmenes¹ tamaño folio, publicada en Londres *in aedibus Valpianis* entre los años 1816 y 1828. El material añadido es muy considerable y aún hoy es una obra de consulta obligada. Sin embargo, como señaló Passow en una reseña a la obra², se trata de una *rudis indigestaque moles*, una mera acumulación de materiales y estratos sin mayor selección crítica ni reelaboración a fondo. Las reseñas a la obra fueron bastante negativas, como la de G. Hermann en *Classical Journal* 35, 1818. De hecho el manejo de esta obra resulta enojoso: el mismo orden de palabras no alfabético, sino etimológico (respetando la poco afortunada elección de Stephanus) dificulta la andadura a través del bosque impenetrable de erudición poco práctica. Por otra parte todos los opúsculos y monografías añadidas están de sobra en un diccionario; hubiera sido preferible publicarlos aparte como ediciones o estudios.

Poco después de terminarse la publicación del *Thesaurus* valpiano, se procedió en París a una nueva reelaboración del mismo, con mayor fortuna. En 1830 un folleto de un equipo de la *Académie des inscriptions et belles lettres* anunciaba el plan y trazaba las demarcaciones y mejoras con respecto a la

¹ Autenrieth, ob. cit., dice que son 6 volúmenes publicados entre 1818 y 1820 lo cual es un error; Cohn por su parte dice que son 9 (1816-1828). Yo no conozco más que 8 y en el 8.º hay un gran desbarajuste con las fechas: en la primera página dice 1825, en la 2.ª 1816-1826, la dedicatoria —al barón de Grenville— y el prólogo están fechados en 1828 y en colofón tras el *Finis* vuelve a aparecer 1826.

² En *Jahrb. für Wissenschaftl. Kritik* 1831, p. 708 ss. Mucho más larga, prolija y llena de anécdotas (como el número de guineas que costaba la suscripción de cada volumen) es la larguísima reseña publicada en *Quarterly Review* 21, 1819, cit. supra p. 109, n. 2.

edición londinense que había que conseguir. El erudito librero Ambroise Firmin Didot (1790-1876) se encargó de la edición. La labor científica se encomendó a una serie de especialistas como Karl Benedict Hase, Ludwig von Sinner, Theobald Fix, los hermanos Dindorf (Karl Wilhelm y Ludwig) y Johann Friedrich Dübner. El primer volumen salió ya en 1831 y en los 34 años siguientes fueron apareciendo los 8 tomos restantes (París 1831-1865). El título rezaba... *Thesaurus Graecae linguae ab Henrico Stephano constructus. Post editionem Anglicam novis additamentis auctum ordineque alphabetico digestum...* Esta obra respetaba el material original de Stephanus pero suprimía sus errores, organizaba alfabéticamente los artículos (esto es una gran ventaja a la hora de manejarlo frente al de Valpy) y, lo que es más importante, completaba las citas con obra y numeración correspondiente, frente a las vagas referencias de Stephanus del tipo *Hesiodus in Theogonia*. El material nuevo va entre paréntesis (en la edición de Londres le precede un asterisco) y lleva la firma del autor al estilo del *Lexicon des frühgriechischen Epos* de B. Snell. Sin embargo, a pesar de la reorganización alfabética y los muchos añadidos (principalmente de autores cristianos, nombres propios, gramáticos, datos de prosodia, etc.) esta obra resulta también bastante indigesta. Más que un diccionario, cuya razón de ser es la utilidad, es un monumento de erudición escasamente útil y difícilmente manejable.

Esta es, a grandes rasgos, la historia del *Thesaurus* de Stephanus: monumento grandioso al comienzo de la lexicografía griega moderna, como una *Ilíada*, ha sido casi insustituible hasta bien entrado el siglo XIX. Y, como decíamos antes, todavía en este siglo Crönert acude a él con frecuencia¹.

3. LOS EPÍGONOS DE STEPHANUS

Durante los siglos XVII y XVIII la lexicografía general griega no ofrece progresos notables. Entre Stephanus y Passow no es exagerado decir que prácticamente todos los diccionarios que se publican son meros resúmenes de la obra de Stephanus o Scapula, si bien con frecuencia tienen el buen criterio de organizar el material alfabéticamente, partiendo del índice de Stephanus-Scapula. Podemos mencionar (sin contar las reediciones) las obras de J. Crispinus (1581), D. Hoeschelius (1589), J. Gretserus (1596), C. Schrevelius (1665), W. Robertsonus (1676), J. C. Suicerus (1683), J. Rutgersius-F. Strunzius (1719), B. Hederich (1722), D. Scott (*Appendix ad Thesaurum Graecae Linguae ab Henrico Stephano constructum et ad Lexica Constantini et Scapulae*, 2 vols., Londres, 1745-46), J. Simonis (1766), Ch. Zimmermann (1771), I. B. Pickel (1792) además de otros diccionarios menos importantes y obras menores como glosarios tri- o plurilingües, índices, etc. Todos ellos están en

¹ Todavía muy recientemente C. O. Brink en su *Horace on Poetry*, Cambridge 1963, p. 76 decía: «As often in that dictionary (sc. the L.S.J.) the meanings are not clearly delimited and they are insufficiently illustrated by examples. *It is in effect still necessary to consult Stephanus' Thesaurus and the indexes to the relevant writers...*» (cursivas mías).

latín como lengua de salida. Entre estos diccionarios quizá el más conocido, y el que más difusión alcanzó, quizá por tratarse del primer diccionario organizado alfabéticamente, fue el *Lexicon manuale graecolatinum*, Lugduni Batavorum 1665 (y otras ediciones) de Cornelio Schrevelius que no es infrecuente encontrarse en bibliotecas españolas. También es interesante destacar el *Graecum lexicon manuale* de Benjamin Hederich (Leipzig 1722) que si bien carece de importancia en sí mismo, sirvió de base al diccionario de Schneider y en este sentido es un eslabón de la cadena que llega hasta nuestros días.

Finalmente es interesante señalar cómo a finales del siglo XVIII el latín deja de ser la única lengua de salida y empiezan a aparecer las lenguas europeas. La prehistoria de este proceso, a nuestro juicio, son los glosarios plurilingües en donde tímidamente al lado del latín empiezan a aparecer las lenguas modernas. También contribuyen a romper el monopolio del latín las explicaciones que se dan en lenguas modernas como las del diccionario de Gregorio Constantino (Venecia 1754) con explicaciones en latín e italiano.

Sin embargo el paso adelante decidido en este terreno se da en Alemania. En 1784 aparecen dos diccionarios con el alemán como lengua de salida: el *Griechisch-Deutsches Handwörterbuch zum Schulgebrauch*, Leipzig 1784, de J. Ch. Vollbeding y el *Griechisch-Deutsches Wörterbuch für d. Jugend*, Leipzig 1784, de F. W. J. Dillenius. En años siguientes, y siempre con fines escolares, aparecen nuevos diccionarios griego-alemán por obra de Reichenbach (Leipzig 1801-1802), Riemer (Jena 1802-1804) etc. de los que se suceden las ediciones en un breve plazo.

4. LEXICOGRAFÍA ESPECIAL GRIEGA DURANTE LOS SIGLOS XVII Y XVIII

Si bien es verdad que durante los siglos XVII y XVIII los diccionarios generales griegos no supusieron un progreso apreciable con respecto a Stephanus, sin embargo, el conocimiento general del léxico griego creció, gracias a una serie de léxicos especializados de la literatura neotestamentaria, tardía y técnica. Nos referimos a obras como el *Thesaurus graecus latinus ecclesiasticus* de J. C. Suicerus —al que nos hemos encontrado ya anteriormente—, publicado en Amsterdam en 1632, el *Lexicon graecum latinum in Novum Testamentum* de Gregorius Pasor (1636) y, sobre todo, el *Glossarium ad scriptores mediae et infimae graecitatis* de Charles du Fresne, Sieur du Cange (Lyon 1688), en dos volúmenes, con un apéndice sobre la latinidad tardía (*Glossarium mediae et infimae latinitatis*) y un breve diccionario etimológico francés, además de una serie de índices de autores, de léxico botánico, etc. Esta obra es la única de que han dispuesto los helenistas sobre léxico tardío y bizantino hasta la publicación del diccionario de Sophocles (cf. infra), y aun a pesar de éste, todavía se ha manejado el Du Cange hasta nuestros días.

Ya en el siglo XVIII podemos mencionar un diccionario de términos médicos griego-latín-alemán de Blancard (Halle 1718), el *Lexicon technologiae Graecorum rhetoricae* de Johann Christian Gottlieb Ernest, Leipzig 1795 [Olms 1962] con una breve lista de autores, índice de palabras griegas e índice

de palabras latinas. Vollbeding, a quien ya hemos mencionado, publicó en Leipzig en 1787 unas *Geographische Zusätze und Erläuterungen zum griech. Wörterb.* y a principios de este mismo siglo el maestro de escuela Benjamin Hederich (ya mencionado también) publicó un léxico de mitología que tuvo mucho éxito¹.

Todas estas obras son independientes del *Thesaurus* y suponen un progreso en el conocimiento del léxico griego. De ellas sin duda la más importante es la de Du Cange.

5. FRANZ PASSOW. SUS ANTECESORES Y CONTINUADORES

En el árbol genealógico de nuestros actuales diccionarios un eslabón importante es el *Kritisches Griechisch-Deutsches Handwörterbuch* de Johann Gottlob Schneider, Züllichau 1797-1798, en dos volúmenes. Esta obra supone a la vez un pequeño progreso con respecto al *Thesaurus* y un cierto retroceso. El progreso se circunscribe al léxico técnico y de ciencias naturales que el autor había investigado personalmente en su calidad de naturalista (había editado por ejemplo las obras zoológicas de Eliano y Aristóteles). Sin embargo, aparte esta parcela del léxico griego, en lo demás es inferior a la obra de Stephanus. En efecto, Schneider no se había basado directamente en la obra de Stephanus o en el epitome de Scapula, sino en uno de sus epígonos, el diccionario de B. Hederich (cf. supra). Debido a ello le falta mucho material que estaba ya en el *Thesaurus* como palabras de Homero, Hesíodo, Píndaro, los trágicos, Aristófanes, Heródoto y Tucídides, Platón, Demóstenes, etc. Además de estas lagunas, desaprovechó el léxico técnico de Ernesti, recién publicado. No da la prosodia de las palabras y su manera de citar no es más precisa que la de los diccionarios anteriores (da sólo el nombre del autor o como mucho, de la obra, sin ninguna numeración). Cuando se trata de pasajes de autores antiguos conservados en gramáticos o lexicógrafos, no menciona a los autores originales, sino al gramático o lexicógrafo en cuestión. En realidad este diccionario es bastante imperfecto y su mérito principal es haber servido de base al diccionario de Passow.

En efecto, el diccionario de Schneider estaba consiguiendo un gran éxito y se sucedían las ediciones (2.^a ed. 1805-6, 3.^a ed. 1819, *Suppl.* 1821). Riemer (cf. supra) bajo la supervisión del mismo Schneider hizo un resumen escolar de este diccionario que se convirtió en la obra standard en Alemania.

Simultáneamente Franz Passow, discípulo predilecto de Jacobs y Hermann, era nombrado profesor en Breslau. En el año 1812 este joven helenista publicaba un célebre opúsculo de teoría de la lexicografía titulado *Ueber Zweck, Anlage und Ergänzung griechischer Wörterbücher* (Berlín). En él criti-

¹ Realmente B. Hederich publicó dos diccionarios de mitología y *realia*. El que más éxito tuvo fue el *Reales Schul-Lexicon...* Leipzig 1717 (1731, 1748). El otro se titula *Gründliches Antiquitäten Lexicon*, Leipzig 1743.

caba las deficiencias del diccionario de Schneider y exponía los criterios en que debía basarse una lexicografía griega científica. Schneider se enteró de que el joven Passow había escrito sobre un ejemplar del diccionario escolar de Riemer la información prosódica que faltaba y le pidió a Passow que se encargase de una nueva edición del diccionario. Este exigió libertad de acción y no sólo añadió la prosodia sino también grandes cantidades de léxico, principalmente homérico y hesiódico, que faltaban en su modelo. De esta manera en 1819 salió el *Johann Gottlob Schneider's Handwörterbuch der griech. Sprache. Nach der dritten Ausgabe des grösseren Griech.- deut. Wörterbuchs mit besonderer Berücksichtigung des Homerischen und Hesiodischen Sprachgebrauchs und mit genauer Angabe der Sylbenlängen ausgearb. von Dr. Franz Passow* (Leipzig, dos vols. 1819-1823). Como vemos por el título en este primer trabajo Passow había añadido la prosodia y el léxico homérico y hesiódico. Además su tratamiento de las preposiciones y conjunciones era mucho más completo que en el Schneider. La ordenación de los artículos era estrictamente cronológica, como la de Stephanus, y su manera de citar, a pesar de lo que él había postulado en su opúsculo programático, no era mucho más completa que la de sus predecesores. Franz Passow pensaba seguir haciendo sucesivas ediciones del diccionario¹ y en ellas pensaba ir revisando y aumentando por orden cronológico el léxico de los autores griegos. No pudo hacerlo del todo por la rapidez con que se sucedieron las ediciones: la 2.^a y 3.^a del Schneider-Passow son de 1825 y 1827 respectivamente y en ellas se ocupó de los líricos y primeros prosistas. En 1831 sale la 6.^a edición del Schneider, 4.^a del Schneider-Passow, en la que ya no aparece el nombre de Schneider en la portada. Como dice el prólogo del Liddell-Scott² «the work, thus remodelled, he considered so completely his own child, that he dropped the name of Schneider from the title-page». Así nació el *Handwörterbuch der griech. Sprache von Dr. Franz Passow* (2 volúmenes, Leipzig 1831). Desgraciadamente Passow murió enseguida (el 11-III-1833) y no pudo continuar su empresa, que dejó a sucesivas generaciones de filólogos.

Hay que advertir que el hecho de haber prescindido Passow del nombre de Schneider en su 4.^a edición no es un robo intelectual como el que perpetró Scapula contra Schneider. Passow superó con creces a su antecesor y es a él a quien debemos el indudable progreso que hizo la lexicografía griega en tan pocos años, después de más de dos siglos de estancamiento. Su influencia, como veremos, había de ser muy grande.

El diccionario de Passow como tal es una obra excelente para su época. La lástima es que su autor no hubiera tenido tiempo de desarrollar su programa y aplicar su concepción teórica de la lexicografía griega.

Su información gramatical (principalmente en los verbos) y etimológica es

¹ Véase su carta a Jacobs en *Franz Passow's Laeben und Briefe*, Breslau 1839, reproducida en el prólogo de la 1.^a edición del diccionario de Liddell-Scott, Oxford 1843.

² Cf. nota anterior.

generalmente nueva y correcta. Las traducciones de los ejemplos son precisas (cf. «*γόνυ γουνός ἀμείβων ein knie mit dem andern wechseln lassend, Umschreibung des Einherschreitens, Il. 11.546*» s.v. ἀμείβω, por poner un ejemplo) y la organización de los artículos es muy aceptable. En cuanto a la precisión a la hora de citar, el criterio seguido es muy heterogéneo y muy poco satisfactorio: en los verbos generalmente da citas precisas (por ej. el artículo ἀμείρω es así: «ἀμείρω, fut. ἀμερῶ (μείρομαι) untheilhaft machen, entziehn, berauben, m. d. gen. d. sache, Pind. P. 6, 27»). En cambio en los sustantivos no da cita de ningún autor (así: «ἀμέλεια, ἡ (ἀμελής) Sorglosigkeit: Charakter, Betragen des ἀμελής.»)

A la muerte de Passow continuó su tarea Valentin Christian Friedrich Rost, quien ya había publicado un diccionario escolar (griego-alemán y alemán-griego, en 1818-1820), con la ayuda de F. Palm, O. Kreussler, K. Keil, F. Peter y Gustav Eduard Benseler. La nueva edición, que hace el número 5 de la obra passowiana, apareció entre 1841 y 1857, en cuatro fascículos (Leipzig 1841, 1847, 1852 y 1857.) La aportación de Rost y sus colaboradores es notable y realmente los artículos del diccionario de Passow-Rost son manifiestamente superiores a los del simple Passow. Quizá lo peor de este diccionario es el primer fascículo, de la α a la δ, que da la impresión de haber sido rehecho más apresuradamente y cuyas etimologías, en concreto, son anticuadas e inutilizables. Esta obra sufrió en Alemania la competencia del Pape-Sengebusch (es decir la 3.^a edición del diccionario de Wilhelm Pape, Braunschweig 1842-3, realizada por Max Sengebusch en 1880). Aunque no es muy fiable el testimonio, en una nota editorial de la edición de 1914 del Pape-Sengebusch se dice que «von allen Wörterbüchern... ragt das Wörterbuch von W. Pape noch immer als das beste hervor, umso mehr als das Wörterbuch von Passow in der dritten Lieferung Stecken blieb», lo cual es una prueba de la rivalidad existente entre ambas obras.

En todo caso, a partir de Passow, la antorcha del progreso en lexicografía general griega pasa de Alemania a Inglaterra, a pesar de la poca atención que los historiadores de la lexicografía griega alemanes dedican al Liddell-Scott¹.

Antes de pasar a estudiar este diccionario, conviene sin embargo que nos detengamos en un intento muy interesante de puesta al día del Passow-Rost. Nos referimos al diccionario inacabado de Wilhelm Crönert *Passow's Wörterbuch der griechischen Sprache, völlig neu bearbeitet* von Dr. W. C., Göttingen 1912-14. Este autor comenzó en solitario un ambicioso plan de puesta al día del diccionario de Passow y no pudo llegar más que hasta ἀνά. Este diccionario, poco conocido, es a la vez una obra maestra de la lexicografía

¹ Leopold Cohn, cf. o. c., no dedica al Liddell-Scott más que las siguientes palabras: «In England ist stark verbreitet das Greek-English Lexicon von H. G. Liddell und R. Scott, Oxford 1843 u. ö. (eine für die Griechischen besorgte Neubearbeitung, Μέγα λεξικόν τῆς Ἑλληνικῆς Γλώσσης erschien in Athen 1901-1904)». Por su parte los autores de esta traducción del Liddell-Scott consideran que su obra es πολὺ πλουσιώτερον τοῦ πρωτοτύπου (ob. cit. p. XIII, nota), de donde se inferiría que el μέγα λεξικόν es el mejor diccionario del mundo, en su época.

griega y un frustrante suplicio para el que lo maneja. No existe ningún diccionario griego publicado que ofrezca tal riqueza de material entre α y $\acute{\alpha}\nu\acute{\alpha}$. El mismo Jones en el prólogo a la 9.^a edición del Liddell-Scott decía: «This present volumen will not challenge comparison in scale with the revision of Passow's *Wörterbuch*... by Wilhelm Crönert ... This monument of Herculean toil will, if and when it is completed (...) bulk about three times as large as Liddell-Scott». En *Glotta* VI, p. 300 ss. Paul Kretschmer dice de él, por ejemplo: «So steht es in der Mitte zwischen einem Thesaurus und einem provisorischen Wörterbuch. Es kann und will nicht einen Thesaurus ersetzen, aber es hat den Nachteil eines Solchen - die voraussichtlich sehr lange Dauer des Erscheinens». Y más adelante continúa «Was hilft es uns, dass wir jetzt 29 Spalten über $\acute{\alpha}\nu$ erhalten, wenn wir für Ω und Σ und Π Zeit unseres Lebens auf die alten Lexika angewiesen sind?». En definitiva Kretschmer era partidario de una obra más humilde, más realista y más útil, algo así como lo que había de ser la 9.^a edición del Liddell-Scott. De hecho Crönert se murió y dejó su obra apenas comenzada: disponemos de tres fascículos publicados: α - $\alpha\acute{\iota}\mu\alpha$ - $\tau\acute{o}\rho\rho\upsilon\tau\omicron\varsigma$ (1912), $\alpha\acute{\iota}\mu\alpha\tau\omicron\sigma\pi\acute{o}\delta\eta\tau\omicron\varsigma$ - $\acute{\alpha}\lambda\phi\iota\tau\omicron\nu$ (1913) y $\acute{\alpha}\lambda\phi\acute{o}\varsigma$ - $\acute{\alpha}\nu\acute{\alpha}$ (1914), de 50 en que se calculaba la totalidad de la obra. Además hay una parte inédita hasta casi el comienzo de la ϵ psilon (?) que está bastante trabajada y no habría exigido demasiado esfuerzo terminarla y enviarla a la imprenta. Finalmente hay una serie de anotaciones manuscritas, obra de Crönert, en los márgenes del Passow a lo largo del corpus de toda la obra. Estas anotaciones marginales en letra gótica son hoy casi ilegibles, e incluso la parte trabajada pero no publicada a partir de $\acute{\alpha}\nu\acute{\alpha}$, no ha debido de ser utilizada por nadie, a pesar de que se conserva en el Seminario de Griego de Göttingen. Aunque todo esto parece darle la razón a Kretschmer, a nuestro juicio no es la *μεγαλοπραγμοσύνη* de Crönert lo más criticable, sino una serie de deficiencias concretas. Así, su prólogo tiene apenas unas líneas que no dicen nada de su método de trabajo, concepción del léxico, fuentes utilizadas, etc. Su lista de autores es enormemente incompleta (unas 200 entradas, es decir menos que los autores que empiezan por A- en la 9.^a ed. del Liddell-Scott): de hecho incluye muchos menos autores de los que luego cita en el corpus del diccionario, ya que, por ejemplo, en su lista una entrada es AP (*Anthologia Palatina*) y otra es FHG (*Fragmenta hist. graec.*), cuando luego dentro del diccionario distingue individualmente entre los historiadores de FHG y los poetas de AP. Casi nunca especifica la edición que sigue o, como mucho, da sólo el nombre del editor sin más (así por ejemplo, puede decir «Maxim. Maximus (Ludwich)» sin mayores detalles). La lista de inscripciones y papiros es mucho más incompleta todavía, de manera que nunca sabemos qué textos ha utilizado realmente o qué ediciones ha seguido. Su manera de citar es muy incompleta y bastante caótica: puede decir simplemente Sp(äter) o KS (Kirchenschriftsteller) o IChrys. (Juan Crisóstomo) sin mayores precisiones. Cuando dos autores tienen el mismo nombre o comienzan por las mismas letras, no sabemos generalmente a cuál se está refiriendo más que tras deducciones por exclusión. Cuando sus citas son precisas —lo cual es infrecuente— utiliza las formas más

arcaicas de hacerlo: tal es el caso de Aristóteles o Hipócrates a quienes cita por las iniciales en griego de sus obras (sin haberlas presentado, naturalmente, en la lista inicial). Esto obliga a una penosa labor detectivesca para averiguar de qué obra se trata: evidentemente Arist. Ζι no puede ser más que Arist. ΗΑ, es decir, *Historia animalium* (Ζῴων ἱστορία), pero otras veces, sobre todo tratándose de Hipócrates, al usuario del diccionario no se le ocurre tan fácilmente la equivalencia. Es pues, una lástima que por no haber hecho bien la lista de autores, obras, papiros e inscripciones y abreviaturas, resulten inlocalizables, y por lo tanto se pierdan documentaciones, palabras y acepciones que sólo están recogidas en el Crönert. En efecto, si tras un hápax nos pone sin más QS (= Quintus Smyrnaeus) no tenemos forma de comprobar y localizar esa palabra, a no ser que revisemos los 8.700 y pico versos que escribió este autor. Como este caso es frecuente y a veces se refiere a autores de obra más extensa, como Juan Crisóstomo, el resultado es que el gran esfuerzo realizado se pierde muchas veces.

Otras críticas que se le pueden hacer a esta obra es que no sigue un orden alfabético, sino una solución de compromiso muy poco satisfactoria entre orden alfabético y etimológico. Es de lamentar también que con frecuencia no traduce las palabras que constituyen los lemas, limitándose a dar los contextos. Esto en las palabras cortas. En las largas a veces da una traducción al principio y después una larguísima relación de documentaciones, muchas de las cuales no tienen nada que ver con la traducción inicial. Por ejemplo, en ἀμενής tras una única traducción inicial «Kraftlos, schwach» incluye una serie de pasajes entre los cuales aparece «κατηγορία Simpl. Φ 832». Evidentemente de una «categoría» no puede decirse que sea «Kraftlos» o «Schwach». Liddell-Scott-Jones dice, acertadamente, «(as if from ἀ-priv., μένω) not permanent, κατηγορία Simpl. in Ph. 832.12». Es decir, no siempre establece las acepciones de las palabras, ni siempre da traducciones. Pero si un diccionario general no sirve para dar las traducciones de las palabras, ¿para qué sirve? También es muy llamativa la exclusión de todos los nombres propios, aun de los más conocidos e importantes que Bailly, y en menor medida L.S.J., incluyen. Creo que no es necesario insistir en que un nombre propio es también una palabra de la lengua objeto de estudio y como tal debe incluirse. Además un diccionario general debe servir fundamentalmente para resolver dudas de traducción y ante un nombre propio podemos no saber si se trata de un nombre de lugar o un nombre de mes, por ejemplo.

Finalmente, y no tanto como crítica cuanto como constatación, el Crönert utiliza sobre todo los autores más raros, desconocidos e inasequibles de la literatura griega. La enorme cantidad de datos que aporta no proceden tanto de la literatura arcaica, clásica o de κοινή, cuanto más bien de escritores tardíos, escoliastas, comentadores de obras antiguas, etc. Es en esto en donde más admiración suscita Crönert ya que con mucha frecuencia se trata de autores que carecen (o carecían a principio de siglo) de léxico o índice. En este sentido no es infrecuente encontrar en Crönert material patrístico que falta en el *A Patristic Greek Lexicon* de Lampe.

Nos hemos detenido, quizá en exceso, en criticar la obra de Crönert. Sin embargo quiero que quede claro que, a pesar de sus limitaciones, es una obra maestra de la lexicografía griega y aunque su autor no hubiera escrito otra cosa en su vida, merecería ocupar sólo por estos tres fascículos un lugar de honor entre los helenistas que en el mundo han sido.

6. EL LIDDELL-SCOTT

Dos años después de la muerte de Passow parece ser que un librero de Oxford, de nombre Mr. Talboys, propuso al joven «fellow» Robert Scott (a la sazón de 26 años de edad) que le hiciese un diccionario griego-inglés basado en la obra del lexicógrafo alemán. Téngase en cuenta que los diccionarios griegos hechos en Inglaterra por aquellas fechas (los de Donnegan que iban por la 4.^a edición, Dunbar y Giles) eran muy poco satisfactorios para las demandas de la época. Según una versión, Robert Scott puso como condición para aceptar el encargo de Talboys que se incluyese en el programa a su coetáneo Henry George Liddell del Christ Church. Existen otras versiones del comienzo de la empresa, pero lo cierto es que estos dos jóvenes debieron comenzar su obra hacia 1835 y la terminaron en 1843. En la primera página se puede leer *A Greek-English Lexicon based on the German Work of Francis Passow by H. G. Liddell... and R. Scott. Oxford. At the University Press 1843.*

Cuando salió la obra unos estudiantes escribieron unos versitos, no demasiado inspirados, que clavaron en la puerta de Liddell. Estos decían:

A book has been written
by Liddell and Scott,
the one of them learned,
the other was not.
The one who was learned
was certainly Scott
and Liddell the one
who was certainly not.¹

En el prólogo empiezan justificando el uso del inglés como lengua de salida: «It may be asked, whether such a Lexicon should not be in Latin, as in the old times; whether the other (sc. English) is not an unworthy condescension to the indolence of the age». Téngase en cuenta que, salvo en Alemania, lo frecuente era todavía utilizar el latín como lengua de salida de los diccionarios griegos. Concluyen que si bien «a Frenchman may have reason for using a Greek-Latin Lexicon; an Englishman can have none», dada la riqueza y «libertad» del inglés, comparado con el latín.

¹ No respondo de la exactitud del texto porque lo recibí por transmisión oral del Rev. Joseph M.-F. Marique, S. J., director de la revista *Classical Folia*.

Se consideran a sí mismos continuadores de Passow: «we proposed to ourselves (...) to carry on what Passow had begun». Confiesan que en un principio habían pensado en una simple traducción del diccionario alemán, pero que habían decidido posteriormente mejorarlo, llevando la lexicografía griega un paso adelante. Les hizo tomar esta decisión el incompleto tratamiento del léxico posthesiódico por parte de Passow. Este, como sabemos, había despojado concienzudamente Homero y Hesíodo, pero lo posterior lo había hecho muy superficialmente porque no había tenido tiempo. Debido a ello Liddell y Scott se repartieron el trabajo y uno despojó Heródoto y otro Tucídides, así como también dedicaron más atención a los líricos, primeros prosistas, trágicos y cómicos, etc. Además de lecturas directas incorporaron, previa comprobación, el material de los léxicos e índices que habían ido apareciendo como el de Esquilo de Wellauer, Sófocles de Ellendt, Eurípides de Beck, Aristófanes de Caravella, Platón de Ast, Jenofonte de Sturz, Plutarco de Wyttenbach, Oradores de Reiske y Mitchel, Píndaro de Böckh, Polibio de Schweighäuser, Teofrasto de Schneider, etc.

Prescindiendo de este considerable aumento de material, la obra en sí misma está muy bien hecha. Frente a los diccionarios alemanes en general (Passow, Pape) su manera de citar suele ser más completa (Ap. Rh. 3.147, Opp. H. 5. 636) y además más fiable: apenas hay erratas en las citas ya que todas ellas fueron corregidas y comprobadas una y otra vez en pruebas. Hay que advertir, sin embargo, que no todos los autores tienen cita precisa (por ejemplo con frecuencia nos encontramos con Arist., Anth., Hdt., Hipp., etc. sin mayores precisiones), ni todas las palabras llevan su documentación correspondiente (así: «ἀνάβρωσις, εως, ἢ (ἀναβιβρώσκω, βρώσομαι) *an eating up*») A veces en vez de citar un autor se da una indicación vaga del género como Medic. (= autores médicos), etc.

A pesar de estas imprecisiones el paso dado con respecto a Passow es muy grande. En cuanto a la concepción teórica subyacente y a la organización de los artículos, se siguen las ideas del *Ueber Zweck, Anlage...* de Passow.

De esta primera edición se tiraron nada menos que 6.000 ejemplares, que se vendieron a toda velocidad, a pesar de que costaban 42 chelines. Dos años después salía la 2.^a edición que incrementó el material a base del diccionario de Pape, ya mencionado, a quien los autores expresan su gratitud en el prólogo, a la vez que critican su escasa fiabilidad a la hora de citar y la gran cantidad de erratas en los números. Además perfeccionaron y aumentaron la lista de autores y obras que ya desde la 1.^a edición era la más completa hasta la fecha.

En los años subsiguientes apareció la tercera edición (1849) y la cuarta (1855). Esta marca un progreso notable, principalmente en los escritos hipocráticos y los oradores áticos. A partir de esta edición desaparece el nombre de Passow de la 1.^a página. Se vendieron 8.000 ejemplares de esta edición, habiéndose reducido el precio a 30 chelines. La 5.^a edición «corregida y aumentada» salió en 1861 y en ella se utilizó mucho la 5.^a edición de Passow hecha por Rost y Palm. Asimismo se modificó totalmente la parte etimológi-

ca, que desde la primera edición se había basado en las *Etymologische Forschungen* de Pott (1833-36), inspirándose ahora en la *Griechische Etymologie* de Curtius que acababa de publicarse (1858). En la 6.^a edición, de 1869, muy aumentada, con unas 220 páginas más, se incorporaron las formas verbales de manera más completa gracias al libro de W. Veitch, *Greek Verbs, irregular and defective* (2.^a ed. 1865). Entre esta edición y la siguiente muere Scott cuyas relaciones con Liddell parece que no eran muy amistosas en los últimos tiempos¹. En 1882 sale la séptima edición revisada y aumentada por Liddell. El diccionario, que hasta entonces había aparecido en 4.^o, aumenta de tamaño alcanzado su actual aspecto. Debido a ello se reduce algo el número de páginas a pesar de los continuos añadidos. En concreto en esta última edición se incorporó material del Índice de Aristóteles de Bonitz y del Índice del *CIG* de Roehl. Asimismo se introdujeron añadidos que habían enviado profesores americanos como Gildersleeve y otros, referidos principalmente a tecnicismos jurídicos. En 1897 salió la octava edición con sólo pequeños retoques, con vistas a no alterar la paginación. Debido a ello se comenzaron los *Addenda* y *Corrigenda* del final, que incorporaron la *Ἀθηναίων πολιτεία* de Aristóteles recién descubierta, y material epigráfico. En 1898, a los 87 años, moría Liddell², pocos meses después de aparecer la octava edición del diccionario.

¹ Liddell, como es sabido, llegó a decano en Oxford y a persona importante. Recuérdese que fue a su hija Alicia a quien «Lewis Carroll» dedicó su *Alicia en el País de las maravillas*. Recuérdese también la estatua suya que hay en Oxford. Desgraciadamente no he podido manejar la *Life of H. G. Liddell* de H. L. Thompson, cf. n. siguiente.

² A la muerte de Liddell, tras la octava edición Thomas Hardy publicaba los siguientes versos:

«Well, though it seems
Beyond our dreams»,
Said Liddell to Scott,
«We've really got
To the very end,
All inked and penned
Blotless and fair
Without turning a hair,
This sultry summer day, A.D.
Eighteen hundred and forty-three».

«I've often, I own,
Belched many a moan
At undertaking it,
And dreamt forsaking it.
—Yes, on to Pi,
When the end loomed nigh,
And friends said: «You've as good as done»,
I almost wished we'd not begun.
Even now, if people only knew
My sinkings, as we slowly drew
Along through Kappa, Lambda, Mu,
They'd be concerned at my misgiving,
And how I mused on a College living
Right down to Sigma,
But feared a stigma

Esta es la historia del Liddell-Scott durante el siglo XIX, una obra que no sólo se había convertido en el mejor diccionario griego-lengua moderna, sino que también había ejercido una notable influencia en la lexicografía inglesa moderna¹.

If I succumbed, and left old Donnegan
For weary freshmen's eyes to con again:
And how I often, often wondered
What could have led me to have blundered
So far away from sound theology
To dialects and etymology;
Words, accents not to be breathed by men
Of any country ever again!».

«My heart most failed,
Indeed, quite quailed»,
Said Scott to Liddell,
'Long ere the middle!...
'Twas one wet dawn
When, slippers on,
And a cold in the head anew,
Gazing at Delta
I turned and felt a
Wish for bed anew,
And to let supersedings
Of Passow's readings
In dialects go.
'That German has read
More than we!' I said;
Yea, several times did I feel so!...»

«O that first morning, smiling bland,
With sheets of foolscap, quills in hand,
To write ἀάατος and ἀαγής,
Followed by fifteen hundred pages,
What nerve was ours
So to back our powers,

Assured that we should reach φώδης
While there was breath left in our bodies!»

Liddell replied: «Well, that's past now;
The job's done, thank God, Anyhow».

«And yet it's not,
Considered Scott,
'For we've to get
Subscribers yet
We must remember;
Yes; by September».

«O Lord; dismiss that. We'll succeed.
Dinner is my immediate need.
I feel as hollow as a fiddle,
Working so many hours», said Liddell.

¹ Según Hans Aarsleff, «The Early History of the OED», *Bulletin of the New York Public Library* 66, 1962, p. 417 ss., el *Oxford English Dictionary* debe más a Passow y a las técnicas lexicográficas de Liddell y Scott que a diccionarios ingleses anteriores. Véase Ronald A. Wells, *Dictionaries and the authoritarian tradition*, La Haya 1973, p. 28, nota 81.

En los últimos años del siglo pasado y primeros de éste se suscitó la cuestión de la conveniencia o posibilidades de hacer un nuevo *Thesaurus* griego. La idea se fue abandonando (cf. infra) y ya con un criterio más realista, tras algunos tanteos iniciales, la Clarendon Press encargó en 1911 a Henry Stuart Jones que hiciera una revisión del Lidell-Scott. En un principio se pensaba en hacer una revisión superficial que había de estar lista en cinco años. Posteriormente, se cambió de idea y se siguió el plan más ambicioso de poner realmente al día el diccionario, creando así un instrumento de trabajo acorde con el nivel de la Filología griega del siglo xx. Mucho es lo añadido y mejorado por Jones y Mckenzie (que se murieron sin ver terminada su obra) con respecto a la 8.^a edición, pero no podemos bajar a detalles¹.

Quizá lo mejor de esta edición (prescindiendo de la enorme cantidad de material nuevo incorporado, la corrección de errores y el perfeccionamiento de la redacción) sea que por primera vez se dan referencias precisas de *todos* los pasajes citados, frente a ediciones anteriores de L. S. en que con frecuencia se daba sólo el nombre del autor o una vaga referencia. Esto es «one of the features which distinguish the new edition from Crönert» como dice Jones².

Por el contrario, lo menos conseguido, a mi juicio, es la exclusión voluntaria del léxico patrístico basándose en razones poco convincentes. Si los editores se ponen como límite el año 600 d.C., es arbitrario discriminar a ciertos autores nada más que por su religión: tan autor griego del siglo iv es Dídimio Alejandrino como Adamancio Fisiognómico o Hefestión Astrólogo y no hay razón para excluir al primero e incluir a los segundos. El caso extremo es Nonno de quien se recogen las *Dionysiaca* y en cambio se rechazan las *Paráfrasis del Evangelio de S. Juan*. Decía L. Hjelmslev³ que el «telón de acero» no es más que una frontera semántica entre dos poderosos campos lingüísticos. Si esto es así, y si la ideología produce cambios semánticos apreciables (como creemos), imagínese el interés que tiene estudiar el léxico de los autores cristianos anteriores al año 600. Un diccionario, y menos uno de griego antiguo, no puede permitirse el lujo de ser purista a estas alturas, so pena de convertir una actividad científica (la lexicografía, comparable a la botánica) en una actividad artística o estética, semejante a la jardinería.

Otro aspecto no muy conseguido del L.S.J. es su tratamiento de la terminología métrica. Dice Dover⁴ que «in L.S.J. (...) the principal articles on metrical terms are characterised by the highest degree of confusion and error». Sin ser tan radical como Dover lo cierto es que nosotros hemos encontrado algún error notorio como el artículo «ἄδωνάρια, τὰ kind of shoes

¹ Para más detalles de esta edición véase H. S. Jones, «The making of a Lexicon», *C.R.* 1941, p. 1 ss., y el prólogo de la 9.^a edición del L.S.J.

² Art. cit., p. 10.

³ En una conferencia pronunciada en la Universidad de Copenhague en 1953. Cf. B. Malmberg, *La lengua y el hombre* p. 107 s.

⁴ Cf. «The poetry of Archilochus», pp. 185-186 de los *Entretiens sur l'Antiquité Classique*, X, Genève 1963.

(prob. with play on ἀ-priv., Lat. *donarium*, *worthless gifts*), Procop. *Gaz. Ep.* 146» cuando realmente es un tipo de verso, al que se alude despectivamente: ὀβολοῖν τῶν Εὐριπίδου ῥακίων τὴν ἐμὴν οἰκίαν ἀνέπλησας, ἄδωνάρια πέμψας ἄρρυθμα (*me has llenado la casa de harapos euripideos de a dos óbolos, enviándome versuchos sin ritmo*). Evidentemente ἄδωνάρια es un término despectivo creado sobre ἄδώνιον y se debe referir a cancioncillas versificadas de baja especie.

Por lo demás los errores, aun incluyendo las erratas mecánicas de cita, son escasos. En el artículo de Jones mencionado anteriormente, éste recogía y criticaba una serie de errores del antiguo Liddell-Scott, de Crönert y del *Thesaurus*. Con realismo y humildad reconocía que ningún lexicógrafo puede evitar estos fallos como así es en efecto: la novena edición de L.S.J. tiene también sus errores como s.v. ἄγναπτος II donde dice *not cleansed, unwashed* Plu. 2. 169 c y debe decir *estera, arpillera* (por lo tanto un sustantivo y no un adjetivo), o s.v. αἰμοπότις que dice «epith. of Hecate *PMag. Par.* 1.2864; of the Moon *Hymn. Mag.* 5.53» cuando realmente el papiro mágico parisino 1 y el himno mágico 5 son el mismo texto; o s.v. ἀλίτης en donde cita un «Ludw. *Anecd.* 175» no recogido en sus listas iniciales, o s.v. ἀλωρήται que traduce «*watchers of Salt... EM 72.48*» y debe traducir «vigilantes de las eras» (τοὺς τὰς ἄλως φυλάττοντας), o s.v. ἀμένητος, ον ... Hdn. Gr. 2.684 que es palabra que no existe, sino que se trata del genitivo de ἀμένης, etc. En todo caso, estamos de acuerdo con Jones, estos son errores que todos los lexicógrafos están obligados a cometer en obras con tantos datos como son los diccionarios, y en ningún caso hacen desmerecer al L.S.J. que, sin duda, es el mejor diccionario griego existente.

Esta 9.^a edición, que se publicó entre 1925 y 1940, tuvo una serie de reimpressiones (en 1948, 1951, 1953, 1958, 1961, 1966 y 1968). En este último año apareció además el *Supplement* editado por E. A. Barber, P. Mass, M. Scheller, y M. L. West, tras 12 años de «continuous work»¹. El suplemento

¹ Véanse las reseñas a esta obra de J. Bingen, *Chr. d'Eg.*, 1968, p. 433 s., A. Grilli, *Paideia* 1969, p. 273 ss. (muy documentada), G. Messing, *Cl. Ph.* 1969, p. 238 s., D. M. Pippidi, *Stud. Clas.* 1969 p. 331 s., M. Barroso de Albuquerque, *Euphrosyne* 1969, p. 283 ss., J. Pegueroles, *Stud. Pap.* 1970, p. 67, J. L. Facal, *Emerita* 1970, p. 463 ss. y también J. A. L. Lee «A Note on Septuagint material in the Supplement to Liddell and Scott», *Glotta* 1969, p. 234 ss. La reseña de G. M. Messing termina con los siguientes versos del recensente:

Says Scott to Liddell,
«Is there some jot or tittle
of Greek that we've not
In our lexicon got?
Editions reach nine
And I want to resign;
I'm just skin and bones,
Though we did bring in Jones.»
Says Liddell to Scott,
«Despite all our swot,
By nineteen sixty-eight
Greek words are in spate—
Papyri, potsherds,
Lord, all the new words!»

aporta bastante material nuevo, incorpora los *addenda* y *corrigenda* que se habían ido acumulando desde 1925, y en este sentido es una obra muy de agradecer. Sin embargo, como decía yo en mi reseña (cit. en nota anterior) no se trata de un complemento sistemático de los sectores del léxico menos estudiados por L.S.J. sino de un mero añadido asistemático y bastante anárquico. Puede haber, por poner un solo ejemplo, nuevas palabras (marcadas con asterisco) procedentes de los *Papyri Graecae Magicae*, pero eso no quiere decir que se haya despojado esa obra sistemáticamente; de hecho en ella aparecen todavía docenas de hápax que los autores del Suplemento no recogen. Es decir, aporta bastante material, pero da la impresión de que se limita a incluir palabras que le han ido enviando diversos especialistas y que han recogido sus autores saltuariamente. El Suplemento, en definitiva, nos deja con las ganas de una 10.^a edición, hecha con la misma profundidad de que dieron pruebas Jones y Mackenzie. Por lo demás, para mayores datos acerca de esta obra, véase su prólogo y las reseñas que mencionábamos en la nota anterior.

7. LEXICOGRAFÍA ESPECIAL DEL SIGLO XIX

No es nuestra intención historiar aquí en detalle la aparición gradual de léxicos, índices y concordancias de autores griegos. Tampoco podemos ser muy explícitos en el tratamiento de los diccionarios especiales como los etimológicos y gramaticales, los de griego cristiano y tardío, etc. Nuestra intención es hacer la historia de los diccionarios generales griegos para tratar de ver cómo ha progresado la lexicografía en este campo desde el siglo xvi hasta nuestros días.

Sin embargo, y a pesar de que en otros capítulos de este libro se trata de los diccionarios de autor bajo otras perspectivas, debemos detenernos, aunque sólo sea brevemente, en el fenómeno de la aparición de léxicos o índices y otros diccionarios especiales durante el siglo xix.

A. Diccionarios de autor

En última instancia, como es bien sabido, la confección de diccionarios de autor se remonta a la Antigüedad: las *γλῶσσαι Ὀμηρικαί* de Filetas, Zenódo-

Says Scott to Liddell,
 «I just won't fiddle
 with more *Addenda*
 Nor yet *Corrigenda*.
 Our laurels are age-proof,
 I won't read more page-proof,
 No more errant glosses,
 Let's cut our losses—
 If we've missed a couple,
 We'll leave them for *Suppl.*!»

to y Aristarco, el *περὶ τῆς Ὀμήρου συνηθείας* de Zenodoro, el *Ἀπίωνος γλῶσσαι Ὀμηρικαί* de Arión, el *Ἀριστάρχου Ἡροδότου ὑπόμνημα* de Aristarco (conservado en los *P. Amherst* II.3), las *λέξεις Ἱπποκράτους* de Euforión en 6 libros, el *τῶν παρὰ Θουκυδίδη ζητουμένων κατὰ λέξιν* de Evágoras de Lindos, y un largo etc., pueden ser ejemplos de diccionarios de autor de la antigüedad. También durante la Edad Media se hicieron obras de este tipo, como las *Concordantiae Morales* de S. Antonio de Padua, o las *Concordantiae Sacrorum Librorum*, también llamadas *Sancti Jacobi* del dominico Hugh de St. Cher¹. Y, naturalmente, en la edad moderna se continuaron haciendo diccionarios de autor como, por ejemplo, y sin salirse de Homero, los de Seber, W. (*Index vocabulorum in Homeri non tantum Iliade atque Odyssea...* Heidelberg 1604), Damm, C. T. (*Novum lexicon... et elucidationes Homericae et Pindaricae*, Berlín 1765), Berndt, J. G. (*Lexicon Homericum...* Stendal 1795-1796).

Sin embargo, es en el siglo XIX cuando se comienzan a hacer léxicos, índices y concordancias de una manera más sistemática y científica. Una relación exhaustiva de este tipo de diccionarios está fuera de lugar aquí². Vamos pues a mencionar sólo algunos diccionarios de los autores más importantes de la literatura griega:

Homero: Prendergast, G. L., *A Complete Concordance to the Iliad of Homer*, Londres 1875.

Dunbar, H. A., *A Complete Concordance to the Odyssey and Hymns of Homer*, Oxford 1880.

Gehring, A., *Index Homericus*, Leipzig 1891.

Ebeling, H., *Lexicon Homericum*, Leipzig 1885.

Hesiodo: Paulson, J., *Index Hesiodicus*, Lund 1890.

Píndaro: Rumpel, J., *Lexicon Pindaricum*, Leipzig 1883.

Esquilo: Wellauer, A., *Lexicon Aeschyleum*, Leipzig 1830-31.

Sófocles: Ellendt, F. T., *Lexicon Sophocleum*, Königsberg 1835.

Eurípides: Matthiae, A., C. y B., *Lexicon Euripideum*, Leipzig 1841.

Aristófanes: Caravella, J., *Index Aristophanicus*, Oxford 1822.

Heródoto: Schweighäuser, J., *Lexicon Herodoteum*, Oxford 1825.

Tucídides: Bétant, E.-A., *Lexicon Thucydideum*, Ginebra 1843-47.

Jenofonte: Sturz, F. W., *Lexicon Xenophonteum*, Leipzig 1801-4.

Platón: Ast, F., *Lexicon Platonicum...*, Leipzig 1835-8.

Aristóteles: Bonitz, H., *Index Aristotelicus*, Berlín 1870.

Teócrito: Rumpel, J., *Lexicon Theocriteum*, Leipzig 1879.

Plutarco: Wyttenbach, D., *Lexicon Plutarcheum*, Leipzig 1 43.

¹ Cf. supra en Serrano Aybar, cit.

² El inventario más completo y puesto al día de diccionarios griegos de autor es el *Repertorium Lexicographicum Graecum* de Harald y Blenda Riesenfeld, Estocolmo 1954, que vino a sustituir al superado de H. Schöne, Leipzig 1907.

B. Dictionarios de griego cristiano y tardío

Los textos bíblicos, sobre todo los neotestamentarios, atrajeron desde antiguo la atención de los lexicógrafos. A partir del siglo xvi encontramos docenas de concordancias, índices y léxicos del nuevo testamento¹. Ya en el siglo xix la selección es difícil dada la gran cantidad de material. Piénsese que incluso en lenguas con escasa tradición lexicográfica griega como el sueco² y en lugares tan poco céntricos como Åbo u Örebro se publicaban sendos léxicos neotestamentarios en 1840 (Fattenborg, H.H, *Grekiskt hand-lexicon öfver Nya Testamentets Skrifter*) y 1853 (Millén, J. A., *Grekiskt och svenskt hand-lexicon öfver Nya Testamentets Skrifter*).

Por lo tanto mencionaremos sólo tres ejemplos bien conocidos de finales del xix:

Thayer, J. H., *A Greek-English Lexicon of the New Testament*, being Grimm's Wilke's *Clavis Novi Testamenti* translated, revised and enlarged, Edimburgo 1886.

Hatch, E., Redpath, H. A., *A Concordance to the Septuagint and the other Greek Versions of the Old Testament*, Oxford 1892-1906.

Moulton, W. F., Geden, A. S., *A Concordance to the Greek Testament...* Edimburgo 1897.

En cuanto a diccionarios de griego tardío la obra fundamental es la de E. A. Sophocles, *A Glossary of later and Byzantine Greek*, Cambridge 1860, hoy mejor conocida por el título de la 2.^a edición *Greek Lexicon of the Roman and Byzantine Periods* (From B. C. 146 to A. D. 1100), 2 vols., Nueva York 1887. Esta obra, como dice Cohn (cf. o.c.), es el Du Cange del siglo xix, y todavía no ha sido superada para desgracia de sus usuarios, ya que, como es lógico, está basada en ediciones antiguas, muchas de ellas inaccesibles, y en numeraciones arcaicas, no siempre fáciles de localizar. Tiene una lista de autores bastante completa, con indicaciones de fecha, una larga introducción sobre historia de la lengua griega, unas tablas cronológicas de autores cristianos en relación con los escritores paganos, un estudio sobre «The foreign elements of the Greek language» y unas «grammatical observations» en las que incluye la métrica tardía y una breve antología de textos tardíos. Sin duda es un buen diccionario a pesar de que hoy, como hemos dicho, resulte cuando menos incómodo que cite a Dioscorides por Kühn (Leipzig 1829) o por Saracenus (Lyon 1598) por poner un ejemplo.

¹ En esta parcela del léxico griego los precursores son los autores de la Poliglota Complutense; cf. el prólogo de la versión inglesa del Bauer que comienza: «The history of dictionaries specifically intended for the Greek New Testament opens with a Greek-Latin glossary of seventy-five unnumbered pages in the first volume of the Complutensian Polyglot of 1522...»

² El primer diccionario sueco-griego de que tengo noticia es el de V. Linder y K. A. Walberg de 1862.

C. Diccionarios etimológicos y gramaticales

Aunque existen diccionarios etimológicos griegos desde antiguo, realmente no podemos hablar de etimología, tal como hoy entendemos esta ciencia, antes de la lingüística comparada o quizá con más rigor aún, antes de los neogramáticos. En este sentido carecen de interés obras como las de Lennepius (1808), Hoogeveen (1800, 1810), Niz (1806), Buttman (1818-1825), etcétera. Los primeros diccionarios etimológicos que pueden merecer el nombre de tales son los de Wilhelm Pape (Berlín 1836), J. Kaltschmidt (Leipzig 1839-1840) y T. Benfey (Berlín 1839-1842). Son también importantes las *Etymologische Forschungen* de Pott (1833-1836) que Liddell y Scott utilizaron en las 4 primeras ediciones de su diccionario.

Con todo la obra fundamental del XIX en este terreno son los *Grundzüge der griechischen Etymologie* de Georg Curtius, Leipzig 1858-1862, con varias ediciones en el siglo pasado¹. Se compone de un estudio inicial teórico («Grundsätze und Hauptfragen der griech. Etymologie») bajo un bello lema de S. Agustín (*Ut Somniorum interpretatio ita verborum origo pro cuiusque ingenio iudicatur*), un segundo libro de «Regelmässige Lautvertretung» en donde estudia las etimologías griegas siguiendo no un orden alfabético sino fonemático (empieza por las guturales: κ, γ, χ etc.) y finalmente una serie de índices («Realidenx», e índices de palabras griegas, itálicas, románicas, sánscritas, iránicas, armenias, germánicas, balto-eslavas y célticas). Es por lo tanto, no sólo el antepasado del Frisk, sino también del Pokorny. El lema de la segunda parte está tan bien elegido como el de la primera: ἐγὼ συμβάλλομαι τοῖσι ἐμφανέσι τὰ μὴ γινωσκόμενα τεκμαιρόμενος Hdt. 2. 33.

Antes de terminar el siglo se publicaron todavía, por lo menos, otros dos diccionarios etimológicos por obra de A. Vaniček (Leipzig 1877) y W. Prellwitz (1892). Este último tiene la ventaja de seguir el orden alfabético de palabras griegas. Es decir, es un *Etymologisches Wörterbuch der griech. Sprache* tal como hoy entendemos este término (la obra de Curtius, al fin y al cabo, era una especie de estudio por fonemas de las palabras griegas). Si no hubiera sido por la aparición del Boisacq a principios del siglo XX, sin duda la obra de Prellwitz habría tenido una mayor acogida.

Entre los diccionarios gramaticales del XIX lo más destacable es el libro de William Veitch, *Greek Verbs Irregular and Defective, their forms, meaning and quantity, embracing all the Tenses used by the Greek Writers...* Oxford 1848 (1865, 1871, 1879, etc.) usado, como sabemos, por Liddell y Scott².

¹ Yo he utilizado, por ejemplo, la «Fünfte, unter Mitwirkung von Ernst Windisch umgearbeitete Auflage», Leipzig 1879.

² Además del libro de Veitch que sigue siendo hoy la obra standard, se pueden mencionar otros dos de menor difusión: W. Hensell, *Griechisch Verbal-Verzeichnis...*, Praga 1881 y G. Traut, *Lexikon über die Formen der griech. Verba*, Giessen 1867.

Existen otros varios diccionarios de Sinonimia¹, Prosodia², Préstamos, etc., de menor interés.

D. Diccionarios de nombres propios, mitológicos y realia

Una vez más nos encontramos con el problema de la selección de títulos y el escaso espacio. Muy brevemente vamos a citar las obras principales de este epígrafe del XIX:

- G. Ch. Crusius, *Griechisch-deutsches Wörterbuch der mythologischen, historischen und geographischen Eigennamen, nebst beigefügter Kurzer Erklärung und Angabe der Silbenlänge*, Hannover 1832.
- A. Pauly, *Real-Encyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, 6 vols, 1839-52.
- W. Pape, *Wörterbuch der griechischen Eigennamen*, Braunschweig 1842. Reelaboración de G. Benseler, Leipzig 1862.
- A. Fick, *Die griechischen Personennamen*, Göttingen 1874. Reelaboración de F. Bechtel, Göttingen 1894.
- W. H. Roscher, *Ausführliches Lexicon der griechischen und römischen Mythologie*, Leipzig 1884 y ss.

Cualquiera de estas obras exigiría un comentario por lo largo (y en concreto el Pauly-Wissowa merecería una tesis de licenciatura o de doctorado). Sin embargo, los diccionarios de *realia* tienen un interés muy tangencial para nosotros y es por ello por lo que nos limitamos a mencionar los más conocidos.

E. La Lexicografía en Francia

Los diccionarios griego-francés merecen un epígrafe aparte por la influencia que han ejercido en España y en los otros países latinos.

La primera obra importante es el *Dictionnaire Grec-Français, composé sur un nouveau plan, où sont réunis et coordonnés les travaux de Henri-Etienne, de Schneider, de Passow et des meilleurs lexicographes et grammairiens anciens et modernes* de C. Alexandre, París 1830, obra excelente para su época.

Sin embargo, la obra más importante y que hemos manejado todos en

¹ Entre los diccionarios de sinonimia, recuérdense las obras de J. Th. Vömel, *Deutsch-griechisches synonymisches Wörterbuch*, Frankfurt 1819; J. H. H. Schmidt, *Synonymik der griechischen Sprache*, Leipzig 1876-86 (4 vols.); F. Boissonade, *Lexique de synonymes grecs*, París 1883 y G. Heine, *Synonymik des neutestamentlichen Griechisch*, Leipzig 1898.

² Existían diccionarios poéticos (con vistas a la versificación) ya desde el siglo XVI. En el siglo XIX los más conocidos son los de J. F. C. Gräffe, *Prosodisches Lexicon der griech. Sprache, aus den heroischen Dichtern Zusammengetragen*, Göttingen 1811, J. Planche, *Dictionnaire du style poétique dans la langue grecque, avec la concordance des trois poésies grecque, latine et française*, París 1849 y E. Matthey, *Greek Gradus, with a Latin and English translation*, Londres, 3.ª ed. 1850 (la 1.ª ed. de esta obra había sido hecha por Th. Moreel en Eton, 1762).

España es el *Dictionnaire Grec-Français, rédigé avec le concours de M. E. Egger, à l'usage des élèves des Lycées et des Collèges, comprenant...* par M. A. Bailly, Paris 1894 (26.^a edición revisada por L. Séchan y P. Chantraine, 1963). Se trata de un diccionario escolar, pero excelente: quizá el mejor que exista¹. El mismo autor se confiesa «moins étendu que les volumineux répertoires de Passow ou de Pape en Allemagne, de Liddell-Scott en Angleterre». En este sentido suprime, por ejemplo, las glosas y palabras raras que un alumno no suele necesitar. No obstante esto, en algunos aspectos es más completo que los diccionarios grandes: por ejemplo, en el tratamiento de léxico cristiano y tardío, en la especificación de métrica y prosodia, en la etimología (sigue a Curtius), en la inclusión de nombres propios, en sus apéndices de *realia* (los «tableaux» del final), en la traducción sistemática de los ejemplos. También es más preciso y completo a la hora de citar que sus predecesores y contemporáneos: en un principio pensaba ofrecer sólo el nombre del autor griego, pero aprovechando un proyecto de cambio de planes de estudios, no publicó enseguida el diccionario, sino que —esperando a tiempos más favorables a los estudios griegos— lo completó con las menciones expresas de obra y numeración precisa de cada cita. Recoge la información aparecida últimamente en las obras de Sophocles, Koumanudis², Veitch, Meisterhans³ y Curtius.

Los artículos del diccionario están muy bien hechos y tienen un aspecto unitario que se echa en falta en diccionarios mayores (se nota que son obra de una sola persona). Se componen de forma del lema, cantidad (entre corchetes), sentidos organizados a partir de la «Grundbedeutung» etimológica, información morfológica y dialectal y, finalmente, etimología.

Su lista de autores es bastante completa pero las ediciones que sigue están hoy superadas en su mayoría. Además, las sucesivas revisiones no las han modificado y hoy resultan muy incómodas. Por otra parte, y ya desde la primera edición, es frecuente que para un solo autor dé varias ediciones sin que sepamos cuál sigue en cada caso ya que el criterio es bastante arbitrario. Tal es el caso, por poner un ejemplo, de Platón, para el que da las ediciones de Baiter, Orelli y Winckelmann (1839-74), de Stalbaum (1827-77), de C. F. Hermann (1873-74) y de M. Schanz (1875-87). Además el fallo principal de no haber tenido en cuenta las nuevas ediciones que han aparecido en este siglo, es que los textos antiguos cambian y un estudiante que maneje el Bailly se encontrará con muchas palabras que no aparecen en su diccionario, lo cual le crea problemas. Recuerdo que en mi ejemplar del Bailly de mis tiempos de estudiante, iba anotando en los márgenes las palabras que me encontraba en los textos y no estaban documen-

¹ Como es sabido existen versiones «intermediate» y «little» del L.S.J., pero son a mi juicio inferiores al Bailly a pesar de su indiscutible calidad. Una obra muy interesante de tipo escolar es el *Dizionario Illustrato Greco-Italiano*, «edizione adattata e aggiornata» del *Intermediate* (Florencia 1975), realizado por Q. Cataudella, M. Manfredi y F. di Benedetto.

² *Συναγωγή λέξεων ἀθησαυριστων ἐν τοῖς ἐλληνικοῖς λεξικοῖς, ὑπὸ Α. Κουμανουδῆ*, Atenas 1883.

³ *Grammatik der attischen Inschriften*, 2.^a ed., Berlin 1888.

tadas en el diccionario: son un número considerable a pesar de los no muchos autores que maneja un estudiante de clásicas.

Por lo demás el diccionario es excelente no sólo para su época, sino incluso hoy día para los estudiantes de Francia, Italia, España, etc. Mientras sigan estando inexplicablemente ausentes de nuestras licenciaturas los textos papiráceos documentales y, en menor medida, los epigráficos, el Bailly seguirá siendo un diccionario casi perfecto.

8. EL SIGLO XX: POLÉMICA A PROPÓSITO DE UN NUEVO THESAURUS

A finales del siglo pasado se fundaba en Viena el Archivo de Lexicografía latina con su revista correspondiente, con vistas a comenzar los trabajos de edición de un nuevo *Thesaurus Linguae Latinae*. Esta obra se inició en el año 1900 y, como es sabido, todavía está inconclusa.

El ejemplo de los lexicógrafos latinos estimuló a los helenistas a plantearse la conveniencia de iniciar también un verdadero *Thesaurus Linguae Graecae*. En este sentido, en 1904, Sir Richard Jebb lanzó la propuesta en la Asamblea general de la Asociación Internacional de Academias: el *Thesaurus* griego abarcaría el léxico comprendido entre Homero y el siglo VII d. C. Se nombró un comité encargado de promover la empresa, compuesto por Jebb, H. Diels, Gomperz, Heiberg, Krumbacher, Leo y Perrot. En 1905 entró a formar parte del comité P. Kretschmer, quien propuso la fundación de un «Archiv» periódico y un centro para el almacenamiento de material.

Sin embargo Hermann Diels abrigaba serias dudas con respecto a la viabilidad del proyecto. Ya en 1899 en su introducción a *Elementum* (p. IX ss.), dirigida a W. v. Hartel, había publicado sus puntos de vista referentes a esta cuestión. Decía que el comenzar por un *Thesaurus* latino en vez de uno griego, era un *ὑστερον πρότερον* ya que no se podía estudiar el léxico latino sin conocer previamente el griego, que tanto había influido sobre aquél. Sin embargo, admitía ya que la empresa, tan necesaria, había que dejarla para generaciones futuras.

En 1905 en un artículo publicado en *Neue Jahrbücher* (p. 692 ss.) insistía Diels en la imposibilidad de la tarea. Según él la literatura griega era, por lo menos, diez veces más extensa que la latina y además tenía la dificultad de las variantes dialectales, la enorme riqueza léxica, la extensión temporal, carecía de ediciones críticas para muchos autores, faltaban ediciones de fragmentos, etc. Por otra parte —continúa Diels— aun suponiendo que disponemos de todas las ediciones, que éstas son despojadas y papeleteadas por un ejército de colaboradores, archivadas las fichas en un inmenso local, ¿de dónde sacaremos el dinero, el tiempo y el poder para organizar este material, introduciendo *Nous en el Caos*? Más aún, si las Academias pudieran reunir los 10 millones de marcos necesarios para redactar un *Thesaurus* de unos 120 volúmenes, ¿qué helenista tendría dinero para comprar esta obra que podría costar 6.000 marcos? Y si pudiese comprarla, ¿quién podría leer y usar semejante monstruosidad? Por todas estas razones Diels era partidario

de hacer no un *Thesaurus*, sino 10 (idea que ya había expuesto E. A. Wolf casi un siglo antes¹), es decir, uno por cada una de las ramas principales de la literatura griega: épica, lírica, tragedia, comedia, filosofía, historia, matemática y técnica, medicina, gramática y literatura judeo-cristiana, cada uno de los cuales sería, en su opinión, igual que el *Thesaurus* latino.

A pesar de estas críticas de Diels, la idea no se abandona de momento. En este mismo año muere Sir Richard Jebb y es sucedido por Bywater que cede el puesto a Gomperz. Al año siguiente hay una reunión en Viena para tratar del problema. En ella, y en otras reuniones posteriores, se decide abandonar la idea de los 10 *Thesauri* por antieconómica e incómoda: había que manejar simultáneamente diez obras y repetir en cada una de ellas las mismas palabras y las mismas traducciones, con lo cual se desaprovechaba tiempo, espacio y dinero. Existían además problemas teóricos que desaconsejaban esta solución, como el hecho de que la lengua es unitaria ya la use un trágico o un cómico.

Se rechazó asimismo la propuesta de Krumbacher de incluir el griego bizantino y medieval, y las propuestas de filólogos griegos de incluir el griego moderno. Se encargó a la Academia británica que hiciese cálculos económicos y estudiaran el *modus operandi*. Estos decidieron que el mejor modelo no era el *Thesaurus* latino sino el *New English Dictionary on Historical Principles*². Se planteó el problema de cuál había de ser la lengua de salida (en el comité había anglo- franco- y alemano-hablantes) y otras muchas cuestiones³.

En todo caso el tema fue muriendo por consunción, como asimismo el patriótico proyecto lanzado por filólogos helenos de hacer un *Thesaurus* cuya publicación había de comenzar en 1921, coincidiendo con el primer centenario de la independencia de Grecia. Finalmente la 1.ª Guerra Mundial acabaría por dar la puntilla al proyecto.

De esta manera se abandonó —quizá ya para siempre— la idea de hacer un *Thesaurus* griego.

Hoy en día, en el último cuarto del siglo xx, es quizá un anacronismo plantear la necesidad de un *Thesaurus* griego clásico: los ordenadores electrónicos, como veremos, han revolucionado los métodos, y el concepto mismo, de este tipo de obras.

9. DICCIONARIOS ESPECIALES DEL SIGLO XX

La lexicografía griega del siglo xx continúa los mismos métodos y fines que la del xix. Realmente el cambio de siglo no supone solución de continui-

¹ F. A. Wolf, *Vorlesungen über die Altertumswissenschaft*, 1, p. 187.

² 12 vols., Oxford 1888-1961. A propósito de esta obra maestra de la lexicografía pueden verse su «Introduction», escrita por James A. H. Murray en 1933, o el artículo de Hans Aarsleff, citado en p. 122, n. 1, entre otra abundante bibliografía. Ver Wells, ob. cit.

³ Para esta cuestión es interesante (aunque reiterativo y algo confuso) el artículo de P. Kretschmer, «Der Plan eines Thesaurus der griechischen Sprache» publicado en el primer número de *Glotta* (1909) pp. 339-348.

dad en este campo, y sólo a partir de la década de 1950 a 1960 empiezan a cambiar las cosas con la aplicación progresiva de ordenadores electrónicos a trabajos lexicográficos. Evidentemente el siglo xx supone un progreso con respecto al precedente, por cuanto se opera con ediciones mejores, se hacen diccionarios de autores y géneros que el siglo xix había pasado por alto y se dispone de un andamiaje teórico (desarrollo de la semántica) más depurado.

Sin pretensiones de exhaustividad, veamos ahora los logros principales de nuestro siglo en esta parcela.

A. *Diccionarios de autor*

Remitimos una vez más al *Repertorium Lexicographicum Graecum* de Riensenfeld y al Prólogo del *Diccionario Griego-Español* para un inventario de los diccionarios de autor. No obstante vamos a examinar ahora algunos de éstos.

Homero: en 1955 salió el primer fascículo del elefantiásico *Lexicon des frühgriechischen Epos...* herausgegeben von Bruno Snell. Verantwortlicher Redaktor Hans Joachim Mette, Göttingen 1955. Esta obra, que incluye también a Hesíodo, *Himnos, Vitae, Certamen* y fragmentos, se enmarca dentro de un vasto plan que, de acuerdo con las propuestas de Hermann Diels (cf. supra), pretende ir haciendo un *Thesaurus Linguae Graecae* en porciones. Cuando esté terminado el *LfgrE*, a pesar de su reducido campo de estudio, abarcará «etwa auf den anderthalbfachen Umfang des Greek-English Lexicon von Liddell-Scott...» (p. IX). Una obra tan ambiciosa exigiría un comentario detenido, ya que resuelve en la práctica una serie de cuestiones que se habían suscitado y discutido a principios de este siglo. No es este el lugar para hacerlo. Remitimos al lector a la obra misma y a la reseña larguísima y enormemente crítica que publicó B. Marzullo en *Philologus* 101, 1957, pp. 169-216 con el título «Zum Lexikon des Frühgriechischen Epos».

Hesíodo: *Lexicon Hesiodeum cum indice inverso* par M. Hofinger, tomo 1 (α - δ), Leiden 1975, *Index inversus*, Leiden 1973. Excelente léxico que viene a sustituir al superado *Index* de J. Paulson (Lund 1890).

Líricos: *Index Verborum zur frühgriechischen Lyrik* von G. Fatouros, Heidelberg 1966. A pesar de sus frecuentes errores y omisiones y de lo mal editado que está, es la única obra de conjunto de que disponemos. Véase la larga y crítica reseña que hizo de esta obra M. Fernández-Galiano en *Gnomon* 41, 1969, pp. 1-9.

Presocráticos: el tomo III de la conocida obra de Diels-Kranz *Die Fragmente der Vorsokratiker* contiene un *Wortindex* realizado por W. Kranz bastante aceptable. La 1.^a edición es de 1903. Carecemos de léxico de estos filósofos.

Píndaro: *Lexicon to Pindar* by William J. Slater, Berlín 1969. Obra excelente.

Esquilo: disponemos de un *Index* general, realizado por G. Italie (Leiden 1955) y una serie de Concordancias hechas con ayuda de ordenador

- por H. Holmboe (*Persas, Prometeo Encadenado*, Aarhus 1971). Este autor piensa hacer posteriormente unas concordancias generales de Esquilo.
- Eurípides: *A Concordance to Euripides* by J. T. Allen and G. Italie, Londres 1954. C. Collard está haciendo un léxico eurípideo (cf. «A proposal for a lexicon to Euripides» *BICS* 18, 1971, pp. 134-143).
- Aristófanes: *Index Aristophaneus* de O. J. Todd, Cambridge (Mass.) 1932.
- Heródoto: *Lexicon to Herodotus* de J. E. Powell, Cambridge 1938. Excelente obra.
- Polibio: *Polybios-Lexicon...* bearb. von A. Mauersberger, Berlin 1956 ss.
- Filodemo: *Lexicon Philodemeum*, C. J. Vooy, Purmerend-Amsterdam 1934-1941.
- Filón Alejandrino: *Indices ad Philonis Alexandrini Opera* composuit I. Leisingang, Berlin 1926-1930. Más completo en cuanto a lemas y con más documentaciones (aunque carece en absoluto de contextos) es el *Index Philoneus* de G. Mayer, Berlin 1974.
- Josefo: *A Lexicon to Josephus*, H. St. John Thackeray y R. Marcus, Paris 1930 ss.; *A Complete Concordance to Flavius Josephus*, K. H. Rengstorff, Leiden 1973 ss.
- Nonno: *Lexicon zu den Dionysiaka des Nonnos*, W. Peek, Hildesheim 1968 ss.

Hay que mencionar también el Índice Hipocrático que se está haciendo en Hamburgo bajo la dirección de U. Fleischer y del que todavía no se ha publicado nada, aunque está bastante avanzado (nosotros hemos manejado una fotocopia del origen I de α a $\alpha\pi\rho\rho\acute{\alpha}\sigma\iota\sigma\tau\omicron\varsigma$). También debe recordarse la benemérita labor de Georg Olms y Adolf M. Hakkert que reimprimen obras del XVIII y XIX difíciles de conseguir.

B. Diccionarios de griego cristiano

Se ha progresado mucho en este campo durante el siglo xx, a pesar de lo mucho que se había trabajado ya en el xix: el descubrimiento de la papirología supuso una ayuda fundamental para conocer el léxico evangélico y patrístico. Las obras principales de este siglo son:

- W. Bauer, *Griechisch-Deutsches Wörterbuch zu den Schriften des Neuen Testaments und der übrigen urchristlichen Literatur*. La primera edición de esta obra (Giessen 1928) era una revisión del diccionario de Erwin Preuschen, al que mejoraba manifiestamente. En 1937 salió la 2.^a edición (3.^a de Preuschen). La 4.^a edición supuso un gran paso adelante (1952). De ésta se hizo una versión al inglés (*A Greek-English Lexicon of the New Testament and other early Christian Literature*, por W. F. Arndt y F. W. Gingrich, Chicago 1957) que es, hoy por hoy, la obra mejor en su género. Añade bastante material al original (palabras nuevas, etc.) e incluye etimología.
- Moulton, J. H. y Milligan, G., *The Vocabulary of the Greek Testament*, Londres, 1930 (primero se había publicado en fascículos y sólo en 1930).

apareció editado en un volumen). Este diccionario hace un gran uso de los papiros (dedica la «General Introduction» casi exclusivamente a este tema, incluyendo una breve historia de la papirología y un estudio del papiro como material de escritura, entre otras cosas) y del léxico más o menos contemporáneo al N. T. Los artículos son muy atípicos: contienen prolijas explicaciones de las palabras y con frecuencia se limitan a dar las traducciones de los editores de papiros, inscripciones, etc. Es una obra útil, pero no tan precisa y tan rica como el Bauer-Arndt-Gingrich.

G. Kittel, G. Friedrich, *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, Stuttgart 1933 ss. (traducción italiana *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, Brescia 1965 ss.). Esta obra monumental (en italiano se publicaba el volumen 9.º en 1974, y la obra está aún inconclusa) no es tanto un diccionario léxico cuanto un diccionario teológico de *realia*. Los artículos son largos y prolijos: estudian la palabra en el mundo griego y helenístico, trazan su historia en el Antiguo Testamento y pasan después al N. T., en donde insisten en los aspectos teológicos. El artículo *ἄγιος*, por ejemplo, redactado por O. Prokosch, ocupa de la columna 234 a la 298 de la edición italiana.

G. W. H. Lampe, *A Patristic Greek Lexicon*, Oxford 1961-1968. Este diccionario utilísimo y utilizadísimo tiene, a nuestro juicio, un defecto grave: haber sido concebido como un complemento del L. S. J. (cf. p. IX: «no word which is well attested in the latter —e. d. el L.S.J.— and has no particular interest for the reader of the Fathers is included in this book»). Otro defecto es el mencionar varias ediciones para un mismo autor y citar por la que mejor parezca en cada caso. A propósito de su exhaustividad, me hace sospechar que no sea muy grande el que a veces se encuentran en Crönert palabras —incluso hápax— de literatura patristica que no están documentadas por Lampe. A pesar de estos fallos, es una obra insustituible y utilísima y en la medida en que se solapa con Sophocles y Du Cange ha convertido a éstos en meras curiosidades históricas.

C. *Diccionarios etimológicos, gramaticales e inversos*

El primer diccionario etimológico que se publica en este siglo es el *Handbuch der griechischen Etymologie* de Leo Meyer (Leipzig 1901-1902, 4 vols.), del que dice Boisacq en su prólogo «qui n'est pourtant pas un manuel, car ce livre ne contient ni règles ni préceptes, et n'est pas autre chose qu'un dictionnaire bizarrement ordonné et aussi peu étymologique que possible: la plupart des mots y son suivis de la mention «dunkel» ou «unerklärt» ou «etymologisch nicht verständlich», alors que des solutions définitives ou du moins satisfaisantes ont été trouvés pour un grand nombre d'entre eux...»

En 1916 salía en Heidelberg (Winter) y Paris (Klincksieck) el *Dictionnaire étymologique de la langue grecque...* de Émile Boisacq. Este autor constata en el prólogo que «les vues se sont profondément modifiées depuis

l'important ouvrage de Georg Curtius, *Grundzüge der griechischen Etymologie*, 5.° édition (1879). Un principe domine la néogrammaire: «Les lois phonétiques ne souffrent pas d'exception»; seule, l'analogie tend à niveler les paradigmes...» Este diccionario está hecho, pues, dentro de la ortodoxia neogramática y dentro de esta concepción y de las limitaciones que tienen todos los diccionarios etimológicos, es una obra excelente a la que el Frisk no ha arrinconado.

A lo largo del siglo se publicaron otros varios diccionarios más o menos escolares en los que no vamos a detenernos.

En 1954, también en la Winter de Heidelberg, aparecía la *Lieferung 1* del *Griechisches Etymologisches Wörterbuch* de Hjalmar Frisk, que se terminaría de publicar en 1970 (*Lieferung 22*). Posteriormente, en 1972, se remataba la obra con un tomito de *Nachträge, Wortregister, Corrigenda y Nachwort*. Este es, sin duda, el diccionario más completo de la actualidad. Su mérito principal es la concisión, la abundancia de referencias bibliográficas y de material en general. Su inconveniente más grave es quizá un exceso de cautela y conservadurismo aunque se utilizan los datos del micénico —con mucha prudencia—, se ignora la teoría laringal y en general las nuevas concepciones de la indoeuropeística, lo cual, a estas alturas, lo convierte en una especie de epígono de los neogramáticos.

Pierre Chantraine, que a lo largo de su fecunda vida había publicado muchos trabajos sobre vocabulario griego, sacó en 1968 el primer fascículo de su *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots* (Paris, Klincksieck). Esta obra atiende más a la historia de las palabras que a la etimología propiamente dicha. Tiene como modelo el Ernout-Meillet de latín, haciendo especial hincapié en la parte de pura diacronía de Ernout. Sus concepciones teóricas son menos cautas que las de Frisk: acepta sin recelos el micénico y la teoría laringal, y está de acuerdo con la semántica estructural («les éléments du vocabulaire appartiennent à un système et se définissent par opposition entre eux. Mais ils couvrent chacun un certain champ sémantique...», p. XI). Dedicó especial atención a la onomástica (lo cual es un acierto a nuestro juicio), a los compuestos y al vocabulario epigráfico y de glosas.

En todo caso el *Dictionnaire...* es más interesante para estudiar diacrónicamente los significados de las palabras que para la etimología propiamente dicha.

La obra ha quedado incompleta a la muerte de Chantraine: el fascículo segundo (ε-η) apareció en 1970 y el tercero (λ-π) en diciembre de 1974. Chantraine había dejado un manuscrito terminado hasta φαίνω. Sus colegas y alumnos continuarán su obra y parece ser que no tardará en salir el último fascículo.

Quizá merece la pena mencionar brevemente el *Ἑτυμολογικὸ λεξικὸ τῆς κοινῆς Νεοελληνικῆς* de N. P. Andriotis (Atenas 1951), que deberían manejar los autores de diccionarios etimológicos de lenguas modernas para aprender que «fotografía», por ejemplo, no viene «del griego φῶς, φωτός 'luz' y γράφω 'yo

escribo'», sino del francés *photographie*, neologismo acuñado sobre un posible *φωτογραφία*, y otros útiles datos de este tipo¹.

Entre los diccionarios gramaticales publicados en este siglo puede mencionarse el de John J. Bodoh, *An Index of Greek Verb Forms*, Hildesheim-Nueva York 1970, escolar, pero útil.

En este siglo se han publicado también varios diccionarios inversos del griego y griego moderno. Su utilidad es evidente, por ejemplo, para llenar las lagunas de los textos papiáceos, averiguar el sentido de compuestos hápax, etc. Entre ellos son muy utilizados el *Rückläufiges Wörterbuch der griech. Sprache*, Göttingen 1944, de Paul Kretschmer (ausgearb. von Ernst Locker). Hay una segunda edición de 1963 «mit Ergänzungen von Georg Kisser». También es conocido *A Reverse Index of Greek Noun and Adjectives...* de Carl Darling Buck, Chicago 1945, que a diferencia del anterior menciona los autores, papiros, inscripciones, etc., que documentan las palabras. Este libro no está organizado alfabéticamente (mejor dicho, antialfabéticamente) como un diccionario, sino por temas (vocales, nasales, líquidas, etc.). Realmente se complementa con el Kretschmer.

Hay además un diccionario inverso de nombres propios, de Dornseiff y Hansen (Berlín, 1957), de textos papiáceos (de Otto von Gradenwitz, Berlín 1951), de autores (Hesíodo, cf. supra), etc.

En griego moderno se ha publicado también un *Ἀντίστροφον λεξικὸν τῆς νέας ἑλληνικῆς* de G. I. Kourmulis, Atenas 1967.

D. Diccionarios de realia y nombres propios

La producción de enciclopedias del mundo clásico es muy abundante en casi todos los países de Europa en este siglo.

La obra más extensa es, naturalmente, el Pauly-Wissowa que si bien se comenzó a finales del siglo pasado, es en este siglo cuando se publican más volúmenes y se termina. Contando sus volúmenes físicos (es decir, contando cada *Halbband* como un tomo) tiene 67, más 14 de Suplementos, lo cual la convierte no ya en la enciclopedia clásica más extensa, sino incluso en una de las enciclopedias más extensas que se hayan hecho en cualquier especialidad (*La grande encyclopédie* tiene 31 volúmenes, la *Britannica* en su última edición de tres partes —*Micropaedia*, *Macropaedia*, *Propaedia*— tiene 30 volúmenes, etc.).

De esta obra se ha hecho una especie de resumen llamado *Der Kleine Pauly. Lexikon der Antike...* bearb. und hrsg. von K. Ziegler und W. Sontheimer. Se pretendía hacer una obra de 4 volúmenes de 800 páginas, a dos columnas por página, pero se ha llegado a 5 vols. de más de 1.500 pp. cada

¹ El por lo demás excelente *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* de Joan Corominas es un ejemplo de imprecisión y falta de acribía en el tratamiento de las etimologías griegas.

uno. El primer fascículo carece de fecha, el 2.º trae 1962 en el Copyright; el último es de 1975.

También en Alemania se pueden mencionar el *Reallexikon für Antike und Christentum* (T. Klauser, Stuttgart 1950 ss., 8 tomos incompletos; la *Lieferung* 69, de 1975, llega hasta «Geld» («Geldwirtschaft»). El RAC, como suele citarse, es la obra standard para los primeros siglos del cristianismo.

De las obras en un solo tomo sin duda la mejor es el *Lexikon der Alten Welt* de la editorial Artemis de Zürich y Stuttgart (1965), en la que han colaborado, entre otros, Hartmut Erbse y Olof Gigon.

Dentro del epigrafe de nombres propios el estudio inevitable es la *Prosopographia attica* de J. E. Kirchner, 2 vols., 1901-1903, que incluye los nombres aparecidos en fuentes literarias y epigráficas del Atica hasta la época de Augusto. También es útil el *Lexique de géographie ancienne* de M. Besnier, Paris 1914. Aparte de las enciclopedias alemanas, es muy utilizada para estudios de arqueología y arte la *Enciclopedia dell'arte antica classica e orientale* (G. Treccani, Roma 1957-1966, 7 vols.).

Entre las obras menores por su tamaño destaca el *The Oxford Classical Dictionary* (Oxford 1949, 2.ª ed. 1970) editado por N.G.L. Hammond y H. H. Scullard que en sus mil y pico páginas a dos columnas, ofrece una increíble riqueza de información con una gran claridad y a un precio muy asequible incluso para estudiantes.

Finalmente, en España, debemos recordar el *Diccionario del mundo clásico* dirigido por el P. I. Errandonea, Madrid, Labor 1954, en dos volúmenes que no descuella por su exactitud y rigor.

En cuanto a diccionarios de papiros, a pesar de formar parte de la lexicografía especial del siglo xx, nos ocuparemos de ellos en otro capítulo de este libro (cf. infra II.3).

10. EL DICCIONARIO GRIEGO-ESPAÑOL (DGE)

La 9.ª edición de L.S.J. de 1940 supuso un gran avance con respecto a la 8.ª de 1897, como ya hemos dicho. Sin embargo, el suplemento de 1968 no marca un progreso comparable. Esta tarea de hacer dar a la lexicografía griega un decidido paso adelante desde la cota alcanzada por L.S.J. corre a cargo actualmente del *D.G.E.* Se trata de una obra comenzada en 1962 por D. Francisco Rodríguez Adrados y un grupo de colaboradores, en el Instituto «Antonio de Nebrija» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En el momento de redactar estas líneas está en imprenta el primer fascículo que comprende un amplio prólogo, las listas de autores y obras, publicaciones papirologógicas, publicaciones epigráficas y lista general de abreviaturas, así como los artículos del diccionario hasta ἀλλά inclusive.

El progreso que supone esta obra con respecto a L.S.J. es grande. Para empezar, los autores con que trabaja son 1000 (un millar) más que los de Liddell-Scott-Jones, el número de colecciones papirologógicas duplica las de L.S.J. y el de inscripciones es también bastante más completo. De todo ello

procede una masa de material difícilmente cuantificable pero que en todo caso supera al diccionario inglés entre un 30 % y un 50 %. A diferencia del diccionario oxoniense incluye nombres propios (todos los de la literatura griega antigua y los de *Hispania* antigua) y el léxico cristiano y patrístico.

Las razones para incluir estas parcelas del léxico son obvias y ya las hemos expuesto de pasada: un diccionario no es un fin en sí mismo, sino un medio.

El criterio fundamental que debe presidir su elaboración es la utilidad, y en este sentido es muy útil y necesario disponer de los nombres propios en un diccionario general para no tener que acudir a uno especializado a cada paso. Además los nombres propios son tan palabras de una lengua como el resto del vocabulario y con frecuencia ofrecen una información muy útil (cf. supra el tratamiento de los nombres propios en el diccionario de Chantraine). Por lo que respecta al léxico cristiano ya hemos dicho que es de todo punto arbitraria su exclusión por razones de purismo o de cualquier otro tipo. El tratamiento que hace L.S.J. del léxico de Nonno (cf. supra) es un ejemplo de lo que no debe hacer un diccionario general griego.

El *D.G.E.* tiene además la ventaja sobre L.S.J. de haberse empezado a hacer en 1962. Esto le permite operar con ediciones modernas, más asequibles para sus usuarios y mejores. Le permite además disponer de léxicos, índices y concordancias realizadas en este siglo. Le permite tener acceso a nuevas publicaciones de textos principalmente papirológicos y epigráficos (piénsese en Menandro, o en el nuevo fragmento de Arquíloco publicado por Merkelbach y West en *ZPE* 14, 1974, p. 97 ss., etc.). Además puede operar a partir de los presupuestos de la semántica y la lexicografía modernas, disciplinas sobre las que su director y colaboradores han escrito estudios monográficos¹.

Por todo ello el *D.G.E.* es el diccionario griego a la altura de nuestra época, como lo era el de Passow a principios del XIX o el L.S. a finales del siglo pasado. El *D.G.E.* se basa en sus predecesores, continúa su tradición y avanza en el camino que ellos marcaron. Demostrar este progreso es muy fácil: no habría más que copiar uno al lado de otro una serie de artículos del L.S.J. y el *D.G.E.* No podemos hacerlo porque ocuparían mucho espacio (piénsese, por ejemplo, que el artículo *ἀλήθεια* que en L.S.J. tiene unas 50 documentaciones en el *D.G.E.* tiene unas 150, lo cual ocuparía varias páginas con esta tipografía). Sin embargo, vamos a reproducir, por curiosidad, el primer artículo de ambos diccionarios, ya que es breve:

L.S.J.⁹: **A, α, ἄλφα** (q.v.) τό indecl., first letter of the Gr. alphabet: as Numeral, α' = εἷς and πρῶτος, but α = 1000

D.G.E.: **A, α, τό indecl. I** en el sistema gráf. y fonológico *alfa ὀρᾶς ... ὅτι τοῦ α...* Pl. *Cra.* 393 e, etc. **II** como numeral **1 uno, primero, IG 9 (1). 334.11** (Lócride V a. C.), etc. (se distingue de la letra por diferente posición y

¹ A propósito de las concepciones teóricas sobre las que descansa el *D.G.E.* y de la organización semántica de sus artículos, véase la 3.ª parte de este libro y sobre todo el cap. III.1.

signos diacríticos: < :, : A:, $\bar{A}\bar{\alpha}$, A' α'). **2** c. otros signos diacríticos (α 'A, A') *mil πλάτος καὶ μήκος ὀργυιῶν, $\bar{\alpha}$ ποιῶσαι λίτρας $\bar{\sigma}$ Hero Geom. p. 198. 3. fig. principio ἐγὼ εἰμι τὸ A καὶ τὸ Ω Apoc. 1.8 (var.), cf. PMasp. 4.21 (VI d.C.). III **1** para representar en notación, algebraica o no, cualquier número o magnitud x *τρεῖς ἀνάλογον ἔστωσαν ὅροι οἱ ABΓ sean x y z tres términos en proporción geométrica Papp. p. 88, ἔστω σύμμετρα μεγέθηα AB, ὧν κέντρα AB sean x y magnitudes commensurables, *cuyos centros son x y Archim. Aequil. 6. 2* para representar un punto geométrico *A ἔστω τρίγωνον ὀρθογώνιον τὸ ABΓ ὀρθὴν ἔχον τὴν ὑπὸ BAΓ γωνίαν sea ABC un triángulo rectángulo que tiene el ángulo recto BAC Eu. 1.47. 3* como símbolo de un átomo *διαφέρει γὰρ τὸ μὲν A τοῦ N σχήματι Leucipp. (o Democr.) A 6. 4* como nota musical α καὶ β ραεία la nota más aguda en el modo hipereolio según el género diatónico, Alyp. 6.31. **IV** como sonido mágico (incluso, tal vez, en una especie de notación musical) en abracadabras PMag. 1.13, etc., y otras fórmulas mágicas, repetida $\alpha\alpha\alpha\alpha\alpha$ PMag. 2.96, 13. 79, etc., frec. en series alfabéticas y vocálicas $\alpha\epsilon\eta\iota\omega\omega$, etc., PMag. 13.905. **V** para representar una sílaba breve en un esquema métrico $\beta\alpha\beta\alpha$ $\beta\alpha\alpha\beta$ $\alpha\beta\beta\alpha$ (el epicoriámico o endecasílabo sáfico) Heph. Metr. 14. 1, cf. 14.3-7.**

Hemos elegido este artículo un poco al azar y por curiosidad. Naturalmente el aumento no es siempre tan grande, pero con frecuencia se duplican y aún triplican los artículos de L.S.J. Además el número de palabras nuevas (generalmente hápax) del *D.G.E.* que aparecen por vez primera en diccionarios es muy notable. Ocurre a veces que el *D.G.E.* trae palabras o acepciones del léxico papiroológico no documentadas en los diccionarios especializados, etc.¹ Por todo ello y aunque *nemo esse iudex in sua causa potest* no parece aventurado afirmar que hasta donde llega el *D.G.E.* es el más completo diccionario de griego a cualquier lengua moderna.

11. EL TLG DE CALIFORNIA

A principios de este siglo no podía prever Hermann Diels la solución que los helenistas habían de dar, 70 años después, a la aporía de crear un *Thesaurus* de la lengua griega.

En efecto, desde que se han empezado a aplicar los ordenadores a tareas de lexicografía griega y latina², existía la posibilidad de procesar todo el

¹ Para mayor información sobre el *D.G.E.* véase «El Diccionario Griego-Español: Estado actual de los trabajos», *Emerita* 39, 1971, pp. 1-33; «Le traitement du lexique papyrologique dans le *D.G.E.*», *Museum Philologum Londinense* (en prensa); «A new Greek Lexicon», *Liverpool Classical Monthly*, Oct. 1976, y el prólogo del *D.G.E.*

² Cf. «Panorama general de los tratamientos por ordenador en Filología y Lingüística griega y latina», *Revista de la Universidad Complutense de Madrid* 25, 102, Marzo-Abril 1976, de Javier López Facal y Emilio Fernández Galiano, en donde exponemos la historia de la aplicación de ordenadores a estas disciplinas y los campos que se ha trabajado, e *infra* capítulo II.7.

léxico de la literatura griega en cuestión de meses y era factible realizar esto con ayuda de unas pocas personas. El inmenso ejército de lexicógrafos dirigidos por una especie de general, trabajando durante decenios, que se imaginaba Diels, se reducía a una docena de especialistas en literatura griega y ordenadores que en un par de años despojan veinte millones de palabras.

Con esta posibilidad en la mano, en mayo de 1971 se comenzó a planificar un *Thesaurus Linguae Graecae* en la Universidad de Irvine (California), y en julio de 1972 se comenzó a trabajar en el proyecto.

Lo que se propone el equipo californiano, que dirige el profesor Theodore F. Brunner, no es, en realidad, producir un *Thesaurus* semejante al latino que vaya a ser publicado en mastodónticos e innumerables volúmenes. La finalidad lexicográfica es sólo una entre las muchas que persigue el *TLG*, y es muy probable que nunca llegue a publicarse, al menos en la forma a que estamos acostumbrados.

El equipo californiano persigue, en cambio, crear un banco de datos de toda la literatura griega antigua (de Homero al año 700 d.C.) que pueda ser consultado y utilizado por muy diferentes especialistas y con fines muy varios: lexicógrafos, papirólogos, epigrafistas, editores de ediciones críticas, lingüistas, dialectólogos, estudiosos de religión, filosofía, historia, etc. Es decir, frente a los diccionarios clásicos que son obras terminadas y cerradas, el banco de datos del *TLG* podría definirse como un «*Thesaurus* abierto» que permite tratamientos y utilidades muy dispares. Los autores del *TLG* han calculado que toda la literatura griega antigua contiene unos 90 millones de palabras. Aun con ordenadores esta cifra es excesivamente alta para operar con ella desde un principio. Debido a esto han fraccionado el proyecto en varias etapas, la primera de las cuales, actualmente en ejecución, abarca desde Homero al año 200 d.C. y asciende a 20 millones de palabras.

El proceso de creación del banco de datos funciona de la siguiente manera¹: el equipo del *TLG* ha hecho una «Master List» que contiene unos 1900 autores y obras del período actualmente en estudio. En consulta con un comité de la «American Philological Association» selecciona una edición para cada obra que va a ser procesada. Una vez adquirida ésta la prepara página a página («pre-editing») y la envía a una compañía de proceso de datos de Corea. Los coreanos (¡qué diría Hermann Diels de todo esto!) transcriben los textos al código comprensible por la máquina, por duplicado y por dos personas diferentes. Se colacionan las dos versiones codificadas y se perforan en tarjetas también por duplicado. Las tarjetas perforadas son pasadas a dos cintas que una vez grabadas sufren una colación de la que resulta una cinta

¹ He sacado esta información de una conferencia pronunciada en Madrid (el 28-IV-75) por Th. F. Brunner en el marco de un «Coloquio sobre Utilización de Ordenadores en problemas de lingüística» organizado por la Universidad Complutense. La conferencia se ha publicado (cf. nota anterior) en la *Revista de la Universidad Complutense de Madrid* con el título «El tratamiento del léxico griego con ordenadores en el *Thesaurus Linguae Graecae*». Además el *T.L.G.* publica unas *Newsletter* de periodicidad variable en las que se informa de la marcha del proyecto.

única. Esta cinta se envía al *TLG* que comprueba su exactitud (según el contrato la proporción de errores no puede exceder de 1 por 25.000 pulsaciones) con unos métodos de verificación muy ingeniosos (cf. fuentes citadas en nota anterior). Una vez verificado el texto en cuestión pasa al banco de datos de donde puede sacarse bien en la incómoda forma codificada o en un alfabeto griego generado por programación y que se deja leer muy bien.

Este banco de datos comenzó a hacerse en febrero de 1974. Se ha progresado a un ritmo de un millón de palabras por mes, por lo cual está prácticamente terminado (en la primera etapa de 20 millones de palabras). Una vez creado el banco de datos (fase 1) se pasará a la fase 2, consistente en la «creation of a computer program designed to sort the running text into appropriate word groups (including lemmantization)». A continuación vienen las fases más problemáticas del proyecto. En la fase 3 se envía el material a helenistas, lexicógrafos, etc. para su organización semántica. En la fase 4 el equipo californiano reúne y edita el material elaborado por los diferentes colaboradores espontáneos de todo el mundo. Finalmente en la fase 5 se publican los resultados en fascículos «on a first-completed first-published basis without immediate emphasis on alphabetical progression». A continuación se pasaría a la segunda etapa (los 70 millones de palabras restantes).

Digo que las fases 3, 4 y 5 de la etapa primera son problemáticas porque suponen una desinteresada colaboración y un voluntario sometimiento a una empresa común de los especialistas en filología griega, y está por ver que se produzcan éstas. No obstante, aunque las fases 3, 4 y 5 no se cumplan, o funcionen sólo a medias, el banco de datos en sí es ya un *κτῆμα ἐς αἰεί* de posibilidades insospechadas.

Además el equipo californiano está embarcado en una serie de actividades autónomas y subsidiarias del *TLG* que serán de gran utilidad: el índice de los médicos griegos que tiene en proyecto es una necesidad apremiante para lexicógrafos, historiadores de la medicina antigua y filólogos en general, y las concordancias o índices de autores antiguos que permite realizar con facilidad el Banco de datos, colmarán las múltiples lagunas existentes en la lexicografía especial griega. Lo mismo puede decirse del índice de las *Berichtigungsliste* (cuya utilidad no hay que ponderar) y otras obras de este tipo.

* * *

Además de la bibliografía mencionada a lo largo del capítulo y sobre todo en notas, he manejado dos repertorios muy útiles (aunque muy incompletos para nuestra disciplina):

Wolfram Zaunmüller, *Bibliographisches Handbuch der Sprachwörterbücher*, Stuttgart 1958.

Gert A. Zischka, *Index Lexicorum. Bibliographie der Lexikalischen Nachschlagewerke*, Viena 1959.